

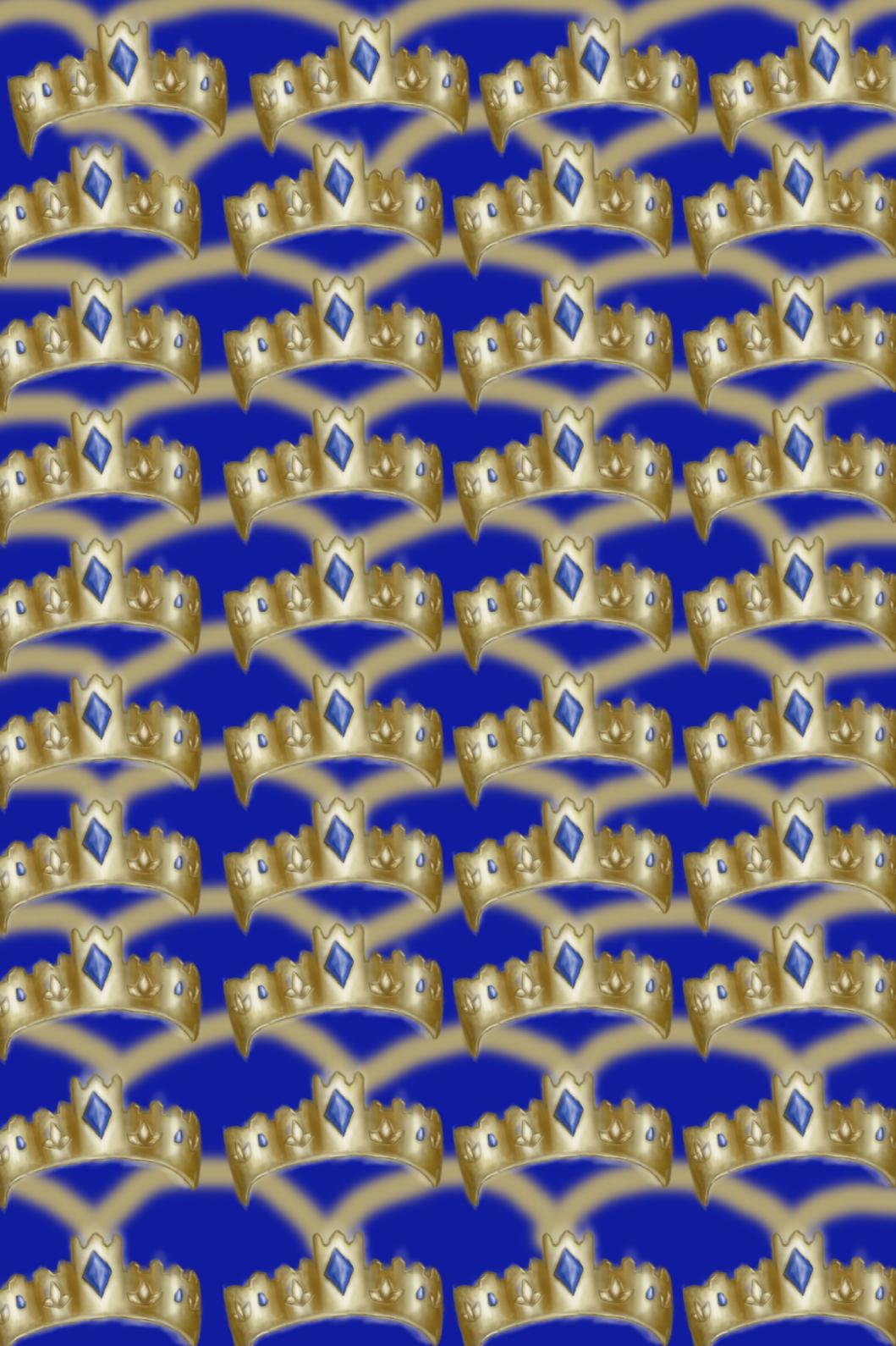
El rey Lear

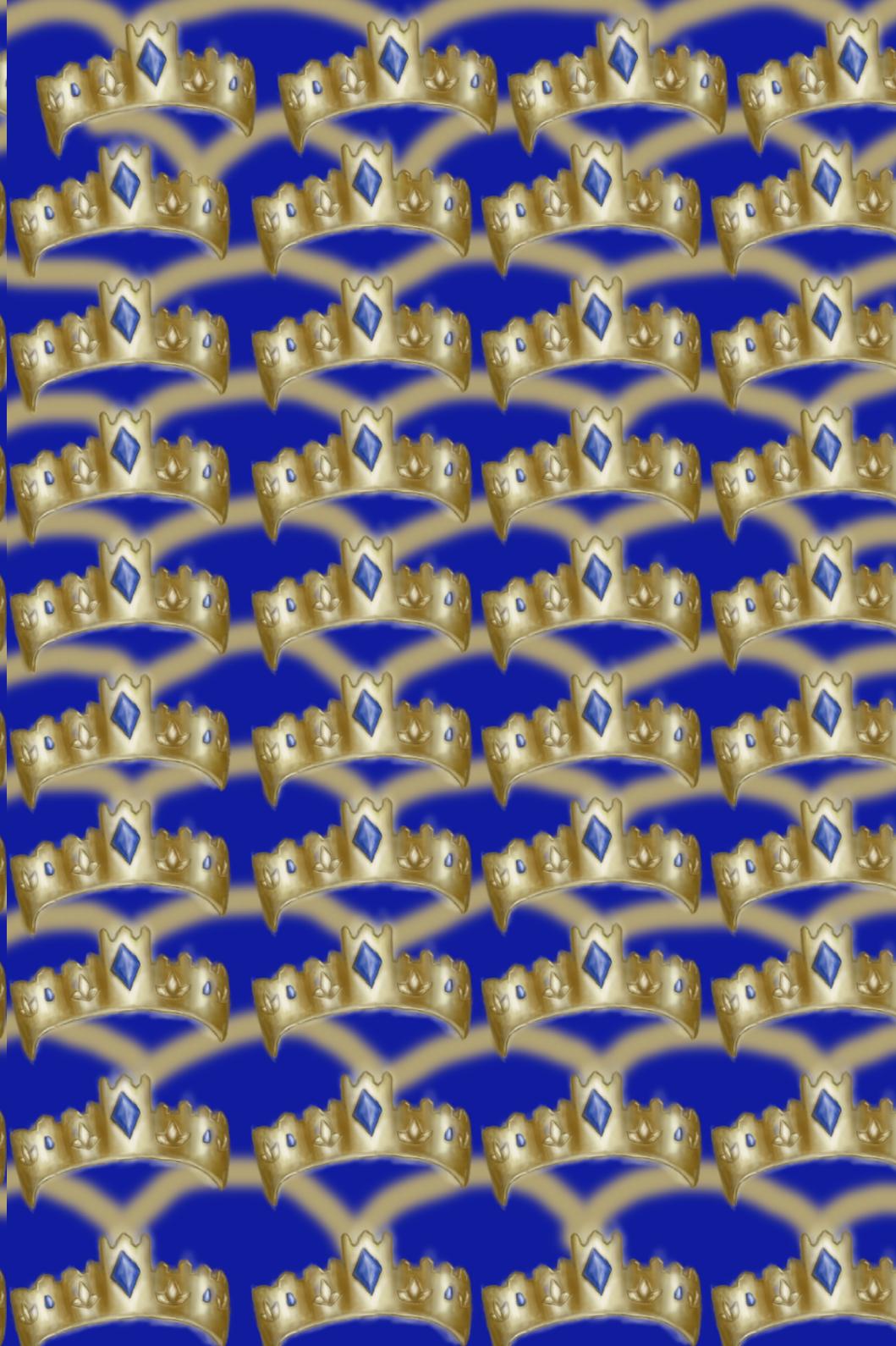
William Shakespeare

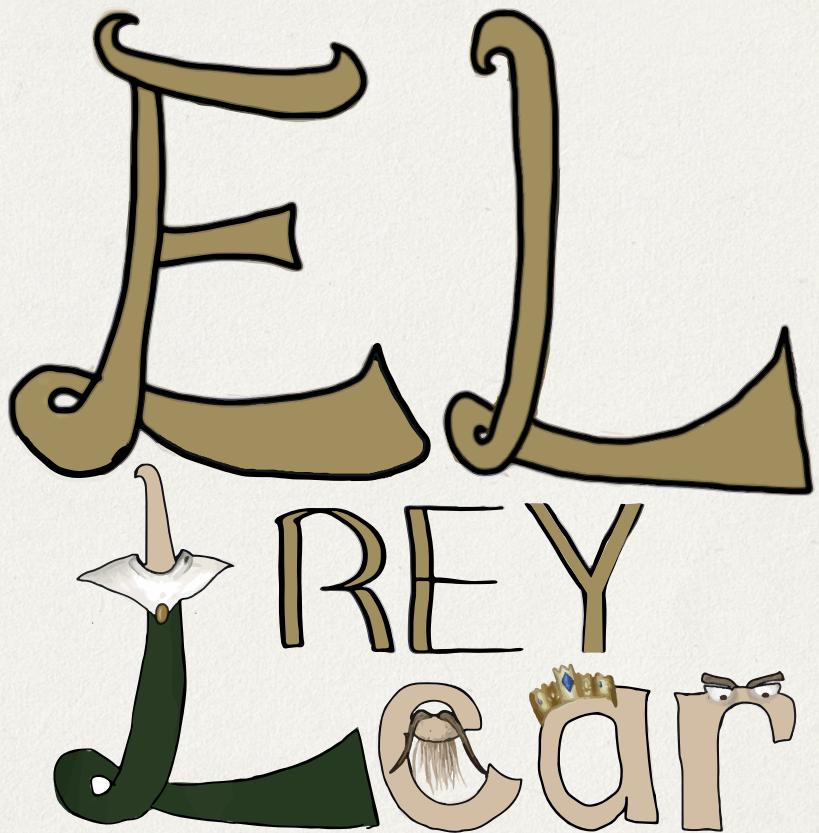
Ilustrado por:
Gabriela Hernández S.



vivamos
el poder
transformador
de la cultura







William Shakespeare

Ilustradora: Gabriela Hernández Segura

índice

Acto I

Escena 1	pág. 11
Escena 2	pág. 24
Escena 3	pág. 31
Escena 4	pág. 32
Escena 5	pág. 43

Acto II

Escena 1	pág. 46
Escena 2	pág. 51
Escena 3	pág. 57
Escena 4	pág. 58

Acto III

Escena 1	pág. 69
Escena 2	pág. 71
Escena 3	pág. 73
Escena 4	pág. 80
Escena 5	pág. 81
Escena 6	pág. 85

Acto IV

Escena 1	pág. 91
Escena 2	pág. 94
Escena 3	pág. 98
Escena 4	pág. 99
Escena 5	pág. 101
Escena 6	pág. 110

Acto V

Escena 1	pág. 114
Escena 2	pág. 117
Escena 3	pág. 118

**Personajes
(por orden de aparición)**

Kent.	Conde Pompeyo Audivert.
Gloucester.	Conde Roberto Carnaghi.
Edmund.	Hijo bastardo de Gloucester, Facundo Ramírez.
Lear.	El rey Alfredo Alcón.
Cornwall.	Esposo de Regan, Santiago Ríos.
Albany.	Esposo de Goneril, Marcelo Subiotto.
Goneril.	Marcela Ferradás.
Regan.	Hijas de Lear. Daniela Catz.
Cordelia.	Eugenia Capizzano.
Borgoña.	Duque de Borgoña, Pablo Finamore.
Francia.	El rey de Francia, Diego Velásquez.
Edgar.	Hijo de Gloucester, Gustavo Böhm.
Oswald.	Mayordomo de Goneril, Eduardo Calvo.
Loco.	Bufón de Lear, Luís Longhi.
Curan.	Un cortesano.
Un viejo.	Criado de Gloucester Fabián Bril, Gonzalo Costa.
El Doctor.	Pablo Finamore, Hernán Jiménez.
Caballero.	A las órdenes de Cordelia Claudio Pazos, Hermán Peña.
Capitán.	A las órdenes de Edmund, Francisco Pesqueira, Héctor Segura.
Un Heraldo.	Diego Velásquez, Sioma Winter, Caballeros, Mensajeros, Sirvientes y Solados.

Acto I

Escena 1

Salón en el palacio del Rey Lear.

Entran KENT, GLOUCESTER, y EDMUND

KENT: Creí que el Rey apreciaba más al duque de Albany que al de Cornwall.

GLOUCESTER: Así nos pareció siempre.

KENT: ¿ No es éste su hijo, mi señor ?

GLOUCESTER: Su procreación, señor, estuvo a mi cargo.

KENT: No puedo concebirlo.

GLOUCESTER: La madre de este joven sí pudo, señor ; con lo cual se le puso redondo el vientre, y tuvo, por cierto, un hijo en la cuna antes que un marido en la cama. ¿ Huele alguna falta ?

KENT: No puedo desear que no se cometiera, siendo tan bello el fruto.

GLOUCESTER: Pero tengo un hijo, señor, legítimo, algo mayor que éste, por quien, sin embargo, no es mayor mi estimación. Aunque este bandido vino al mundo de manera algo insolente, antes de que lo llamaran, su madre era, por cierto, hermosa. Disfrutamos mucho haciéndolo, y el hijo de puta debe ser reconocido. ¿ Conoces a este noble caballero, Edmund ?

EDMUND: No, mi señor.

GLOUCESTER: Mi señor de Kent. Lo recordarás en adelante como mi honorable amigo.

EDMUND: Al servicio de su señoría.

KENT: Tendrá mi estima y espero que nos conozcamos mejor.

EDMUND: Trataré de merecerlo, señor.

GLOUCESTER: Estuvo nueve años afuera, y va a irse de nuevo.
Viene el Rey.

Trompetería. Entra un sirviente llevando una corona, el REY LEAR, CORNWALL, ALBANY, GONERIL, REGAN, CORDELIA, y séquito.

LEAR: Encárgate de los señores de Francia y Borgoña, Gloucester.

GLOUCESTER: Sí, Majestad.

Salen GLOUCESTER y EDMUND.

LEAR: Mientras tanto revelaremos nuestro más secreto designio.
Tráiganme ese mapa. Sepan que hemos dividido en tres nuestro
reino ; y que es nuestra firme intención librar a nuestra vejez de
problemas y obligaciones, confiándolos a fuerzas más jóvenes,
mientras nosotros nos arrastramos sin carga hacia la muerte.



Hijo nuestro de Cornwall, y nuestro no menos querido hijo de Albany, es nuestra firme voluntad en esta hora anunciar las dotes de nuestras hijas, para evitar en el futuro posibles contiendas. Los príncipes de Francia y Borgoña, nobles rivales en el amor de nuestra hija menor, han pasado en nuestra corte una larga estadía amorosa, y están aquí para obtener una respuesta.

Díganme, hijas mías, ya que ahora nos despojaremos del gobierno, del derecho sobre las tierras, de las cargas del estado, ¿cuál de ustedes diremos que nos ama más?.

Para que podamos extender nuestra mayor recompensa sobre aquella cuyo natural amor filial haga más mérito.

Goneril, nuestra primogénita, que hable primero.

GONERIL: Señor, lo quiero más de lo que pueden transmitir las palabras, más que a la luz de mis ojos, el espacio, la libertad, más que a todo lo que pueda valer, por rico o por raro ; no menos que a la vida, dotada de gracia, salud, honor y belleza, tanto como



jamás amó ningún hijo, ni fue amado ningún padre, un amor que empobrece el aliento y debilita el habla ; lo quiero tanto, que mi amor supera toda forma de decirlo.

CORDELIA: (Aparte.) ¿ Qué va a hacer Cordelia ? Amar, y quedarse callada.

LEAR: De todas estas tierras, desde esta línea hasta esta otra, con sus tupidos bosques y fértiles campiñas, caudalosos ríos y extensas praderas, te nombramos señora. Para tu descendencia y la de Albany que a perpetuidad así sea. ¿ Qué dice nuestra segunda hija, nuestra querida Regan, esposa de Cornwall ? Que hable.

REGAN: Yo estoy hecha del mismo metal que mi hermana, y me valoro al mismo precio. Mi corazón sincero siente que ella pone en palabras mi compromiso de amor ; pero se queda demasiado corta, porque yo me declaro enemiga de todas las otras alegrías que, en su más preciada proporción, ofrecen los sentidos, y siento que sólo soy dichosa con el amor de su querida Alteza.

CORDELIA: (Aparte.) ¡ Entonces, pobre Cordelia !
Y, sin embargo, no, porque estoy segura de que mi amor pesará más que mi lengua.

LEAR: Sea por siempre para ti y tu descendencia este amplio tercio de nuestro hermoso reino, no inferior en espacio, ni en valor, ni en deleite, que el otorgado a Goneril. (A CORDELIA) Y ahora, alegría nuestra, la última, aunque no la menos querida, por cuyo joven amor los viñedos de Francia y los pastos de Borgoña se disputan ; ¿ qué podrás decir para obtener un tercio más rico que el de tus hermanas ? Habla.

CORDELIA: Nada, mi señor.

LEAR: ¿ Nada ?

CORDELIA: Nada.

LEAR: Nada vendrá de nada. Habla de nuevo.

CORDELIA: ¡ Desgraciada de mí !, que no puede mi corazón subir hasta mi boca. Quiero a su Majestad conforme a mi deber filial ; ni más ni menos.

LEAR: ¡ Cómo, Cordelia ! Mejora un poco tu discurso o vas a arruinar tu fortuna.

CORDELIA: Mi buen señor, usted me engendró, me crió, me amó. Yo devuelvo esos deberes como corresponde: lo obedezco, lo amo y lo honro mucho. ¿ Por qué tienen maridos mis hermanas, si dicen que lo aman sólo a usted ?

LEAR: Pero, ¿ dice eso tu corazón ?

CORDELIA: Sí, mi señor.

LEAR: ¿ Tan joven, y tan dura ?

CORDELIA: Tan joven, señor, y tan franca.

LEAR: Que así sea entonces. Que sea tu dote tu franqueza, porque yo, renuncio aquí a toda obligación paterna, a todo parentesco e identidad de sangre, y como una extraña para mí y mi corazón te consideraré desde ahora y para siempre.

KENT: Mi buen rey...

LEAR: ¡ Silencio, Kent ! No te interpongas entre el dragón y su furia. Era la que más quería, y pensaba confiar el reposo de mis últimas horas a su tierno cuidado. ¡ Fuera, lejos de mi vista !

Llamen a Francia. ¿ No se mueven ? Llamen a Borgoña. Cornwall y Albany, a las dotes de mis dos hijas incorporen la de la tercera.

Que la case el orgullo, que ella llama franqueza. Conjuntamente los invisto de mi poder, de mi supremacía y de todos los efectos que acompañan a la majestad. Nosotros, mes a mes, con una reserva de cien caballeros, que correrá por su cuenta, nos alojaremos con cada



uno de ustedes, alternativamente.

Sólo retendremos el nombre y los demás honores que corresponden a un rey ; el poder, los tributos, y el ejercicio del gobierno sean tuyos, hijos míos ; y, para confirmarlo, entre ambos divido esta corona.

KENT: Real Lear, a quien siempre honré como a mi Rey, amé como a mi padre, seguí como a mi amo invoqué en mis plegarias como a

mi patrono...

LEAR: Curvado y tenso está el arco ; cuidado con la flecha.

KENT: Mejor, que se dispare, aunque la punta se me hunda en la región del corazón ; sea Kent grosero si Lear está loco. ¿ Qué te has propuesto, viejo ?

¿ Crees que el deber tendrá miedo de hablar cuando el poder se inclina ante la adulación ?

Tu hija menor no es la que te quiere menos, ni está vacío el corazón de poco ruido, donde no retumba la hipocresía.

LEAR: Basta, Kent, por tu vida.

KENT: Mi vida nunca fue para mí sino un peón para apostar contra tus enemigos ; no tengo miedo de perderla si tu seguridad es el motivo.

LEAR: ¡ Fuera de mi vista !



KENT: Ve mejor, Lear, y que yo siga siendo el blanco verdadero de tus ojos.

LEAR: Por Apolo...

KENT: Por Apolo, rey, juras en vano por tus dioses.

LEAR: ¡ Vasallo, impío !

(Llevando la mano a su espada.)

ALBANY y CORNWALL: ¡ Conténgase, señor !

KENT: Vamos ; mata al médico y dale los honorarios a la inmunda enfermedad. Revoca tu sentencia ; o yo, mientras salga un clamor de mi garganta, te diré que has hecho mal.

LEAR: ¡ Escucha, traidor !

¡ Por la obediencia que te obliga, vas a oírme !

Si al cabo de diez días fuera hallado tu desterrado cuerpo en nuestros dominios, será ése el momento de tu muerte. ¡ Fuera ! Por Júpiter, que esto no se va a revocar.

KENT: Adiós entonces, Rey. Si así vas a portarte, la libertad vive afuera ; aquí, el destierro. (A CORDELIA.) Que la bondad de los dioses te ampare, doncella, que razonas justamente, y más justamente hablaste.

Sale.

Trompetería. Vuelve GLOUCESTER con el Rey de FRANCIA, el duque de BORGOÑA, y séquito.

GLOUCESTER: El rey de Francia y el duque de Borgoña, mi señor.

LEAR: Mi señor de Borgoña, nos dirigimos primero a usted, que con este rey ha rivalizado por nuestra hija. ¿ Cuál es el mínimo que por ella exige como dote sin retirar su propuesta amorosa ?

BORGOÑA: Realísima Majestad. No pido más de lo que ofreció Su Alteza, ni usted propondrá menos.

LEAR: Nobilísimo Borgoña, mucho la estimábamos cuando la queríamos ; pero ahora bajó el precio. Ahí la tiene ; ahí la tiene, es suya.

BORGOÑA: No sé qué responder.

LEAR: Con todos sus defectos, sin amigos, recién adoptada por nuestro odio, con la dote de nuestra maldición, y nuestro juramento de repudio, ¿ la toma o la deja ?

BORGOÑA: Perdóneme, señor ; no es posible elegir en esas condiciones.

LEAR: Entonces déjela, señor; por el poder que me creó, le he nombrado todas sus riquezas. (A FRANCIA.) En cuanto a usted, gran rey, no quisiera apartarme de su afecto, uniéndolo a lo que odio ; le suplico, por tanto, que devíe su amor por camino más digno que el de una desgraciada de quien se avergüenza de reconocer hasta la Naturaleza.

FRANCIA: Es muy extraño que quien hasta ahora fue su máspreciado bien, el objeto de su alabanza, el bálsamo de sus años, la mejor, la más querida, haya en un instante cometido algo tan monstruoso como para despojarla del manto de su favor.

CORDELIA: Confieso que no poseo, un lenguaje meloso, ese arte de prodigar vanas palabras - ya que lo que me propongo lo cumplo,

antes de decirlo.

LEAR: Más te valiera no haber nacido que no haberme complacido mejor.

FRANCIA: Mi señor de Borgoña, ¿ qué le dice a la dama ? El amor no es amor cuando se mezcla con consideraciones que se apartan de lo esencial. ¿ La quiere ? Ella misma es una dote.

BORGOÑA: Real Lear, déle siquiera la parte que usted mismo propuso, y aquí mismo tomo la mano de Cordelia, Duquesa de Borgoña.

LEAR: Nada. Lo juré. Me mantengo firme.

BORGOÑA: Siento entonces que habiendo perdido un padre deba perder un marido.

CORDELIA: ¡ Quede en paz Borgoña !
Ya que cuestiones de fortuna son su amor, no seré su esposa.

FRANCIA: Hermosísima Cordelia, la más rica siendo pobre ; la elegida, abandonada ; y querida, despreciada ; tu persona y tus virtudes aquí tomo.

Esta hija sin dote, Rey, arrojada a mi suerte, es la reina de los nuestros y de nuestra hermosa Francia. Bueno es que te despidas de ellos, Cordelia, aunque no hayan sido buenos. Estás perdiendo aquí, para hallar mejor allá.

LEAR: Tómela, Francia ; es suya, porque nosotros no tenemos esa hija, ni volveremos a ver ese rostro nunca más. Váyase, entonces, sin nuestra gracia, amor ni bendición.

Vamos, noble Borgoña.



Trompetería. Salen todos menos FRANCIA, GONERIL, REGAN y CORDELIA.

FRANCIA: El adiós a tus hermanas.

CORDELIA: Joyas de nuestro padre, con los ojos limpios por el llanto, se despide Cordelia. Traten bien a nuestro padre. A sus elocuentes corazones lo encomiendo.

REGAN: No quieras dictarnos nuestro deber.

GONERIL: Mejor que te preocupes por complacer a tu señor, que te ha recibido como limosna de la Fortuna.

CORDELIA: El tiempo desdobra lo que la doblez de la astucia oculta. ¡ Que les vaya bien !

FRANCIA: Vamos, bella Cordelia.

Salen FRANCIA y CORDELIA.

GONERIL: Creo que nuestro padre parte de aquí esta noche.

REGAN: Es cierto, y contigo ; el mes próximo vendrá con nosotros.

GONERIL: Ya viste lo cambiante que es su vejez ; lo que hemos podido observar no ha sido poco. Siempre quiso más a nuestra hermana, y la forma en que ahora la echó es una muestra demasiado gruesa de su escaso juicio.

REGAN: Son los achaques de la edad ; aunque nunca tuvo un conocimiento muy profundo de sí mismo.

GONERIL: En lo mejor y más pleno de sus años ya era puro

arrebato ; así que a su edad habremos de esperar no sólo los defectos hace tiempo arraigados en su carácter, sino también los ingobernables caprichos que la vejez enferma y colérica trae consigo.

REGAN: Seguramente, tendremos más arranques repentinos como el del destierro de Kent.

GONERIL: Le queda aún la ceremonia de despedida con el rey de Francia. Te ruego que nos pongamos de acuerdo. Si nuestro padre sigue ejerciendo su autoridad en el estado en que se encuentra, esta última cesión de su poder no va sino a perjudicarnos.

REGAN: Tenemos que seguir pensando.

GONERIL: Tenemos que hacer algo, y en caliente.



Escena 2

**El castillo del conde de Gloucester.
Entra EDMUND, con una carta.**

EDMUND: ¿ Por qué tendría yo que soportar la peste de la cumbre, y permitir que la arbitrariedad del mundo me prive de lo mío, sólo por haber venido doce o catorce lunas más tarde que mi

hermano ? ; Por qué bastardo ? ; Por qué mal nacido, cuando mis partes están tan bien compuestas, mi mente tan pródiga y legítima mi figura como las del hijo de la más honesta señora ?
Muy bien, legítimo Edgar, voy a quedarme con tus tierras.
Nuestro padre ama tanto al bastardo Edmund como al legítimo.

Entra GLOUCESTER.

GLOUCESTER: ¡ Edmund, qué tal ! ; Qué hay de nuevo ?

EDMUND: Nada, si place a su señoría.

GLOUCESTER: ¿ Por qué tanto empeño en guardar esa carta ?

EDMUND: No hay novedad, señor.

GLOUCESTER: ¿ Qué era ese papel que leías ?

EDMUND: Nada, mi señor.

GLOUCESTER: A ver, dámela, si no es nada, no voy a necesitar anteojos.

EDMUND: Es una carta de mi hermano, que no terminé de leer, y que, hasta donde he leído, no creo conveniente que vea.

GLOUCESTER: Déme la carta, señor.

EDMUND: Tanto ofenderé si la retengo como si la doy.

GLOUCESTER: A ver, a ver.

EDMUND: Espero, para justificación de mi hermano, que la haya escrito para catar y poner a prueba mi virtud.

GLOUCESTER:(Lee) :

Esta política de veneración de la edad nos hace el mundo amargo en lo mejor de nuestros años, y nos aparta de nuestras fortunas hasta que la vejez nos impide disfrutarlas. Empieza a parecerme inútil y vana la esclavitud con la que nos opresiona la vieja tiranía, que gobierna, no porque tenga poder, sino porque es tolerada. Te espero para poder hablar más de esto. Si nuestro padre se quedara dormido hasta que yo despertara, disfuntarás para siempre de la mitad de sus sentas y vivencias añadido por tu hermano.

Edgar

¡ Aja ! ¡ Conspiración !... ¡ Mi hijo Edgar ! ¿ Tuvo mano para escribir esto ? ¿ Corazón y cerebro para concebirlo ? ¿ Cuándo te llegó esto ? ¿ Quién te lo trajo ?

EDMUND: Nadie me lo trajo, señor. Me lo tiraron por la ventana de mi habitación.

GLOUCESTER: ¿ Reconoces la letra de tu hermano ?

EDMUND: Si el asunto fuera bueno, señor, juraría que es suya pero, considerando de qué se trata, me gustaría pensar que no.

GLOUCESTER: Es de él.

¿ Nunca antes te sondeó sobre este asunto ?

EDMUND: Nunca, señor.

GLOUCESTER: ¡ Ah, sinvergüenza ! ¡ Desnaturalizado, execrable, brutal ! ¡ Peor que las bestias ! Vamos, muchacho, ¡ a buscarlo ! ¡ Lo voy a hacer arrestar ! ¿ Dónde está ?

EDMUND: No lo sé con certeza, señor. Lo ubicaré donde pueda oírnos hablar de esto, y, bajo garantía auditiva, obtener satisfacción.

GLOUCESTER: Con un padre que lo ama tan tierna y completamente. ¡ Cielo y tierra ! Búscalo, Edmund, tírale de la lengua, por mí, te lo ruego. Maneja el asunto según tu criterio. Renunciaría a mi rango con tal de resolverlo debidamente.

EDMUND: Lo buscaré de inmediato, señor ; manejaré el asunto lo mejor que pueda, y lo pondré al tanto de todo.

GLOUCESTER: Estos últimos eclipses de sol y de luna no nos presagian nada bueno. El amor se enfriá, la amistad se derrumba,

los hermanos se dividen ; en las ciudades, motines ; en los campos, discordia ; traición en los palacios ; y rotos los lazos entre el hijo y el padre. Este canalla mío cumple la predicción : he ahí el hijo contra el padre.

Sale.

EDMUND: Esta es la perfecta estupidez del mundo : cuando enferma nuestra suerte, a menudo por los excesos de nuestra propia conducta, le echamos la culpa de nuestros desastres al sol, la luna y las estrellas. Admirable subterfugio del hombre putaño, cargar su lasciva condición a cuenta de una estrella !

Entra EDGAR.

EDGAR: ¡ Qué tal, hermano Edmund ! ; En qué seria reflexión estás metido ?

EDMUND: Estoy pensando, hermano, en una predicción que leí el otro día, sobre lo que vendría después de estos eclipses.

EDGAR: ¿ Ocupado en esas cosas ?

EDMUND: Te aseguro que los efectos que describe desgraciadamente suceden, como vínculos antinaturales entre padres e hijos.

EDGAR: ¿ Desde cuándo te dedicas a la astrología ?

EDMUND: Vamos. ¿ Cuándo viste a mi padre por última vez ?

EDGAR: Anoche.

EDMUND: ¿ Hablaste con él ?

EDGAR: Sí, dos horas seguidas.

EDMUND: ¿ Se despidieron en buenos términos ? ¿ No notaste disgusto en sus palabras o en su rostro ?

EDGAR: En absoluto.

EDMUND: Trata de pensar en qué pudiste haberlo ofendido. Y te ruego que evites su presencia hasta que en cierto tiempo se haya atenuado el calor de su disgusto.

EDGAR: Algún canalla ha querido perjudicarme.



EDMUND: Ese es mi temor. Te ruego que mantengas la calma y la distancia hasta que el ímpetu de su furia disminuya, y, siguiendo mi consejo, te retires conmigo a mis habitaciones desde donde, oportunamente, haré que oigas hablar a mi señor. Te ruego que te vayas. Aquí está mi llave. Si vas a salir, que sea armado.

EDGAR: ¡ Armado, hermano !

EDMUND: Hermano, te aconsejo lo mejor. Te suplico que te vayas.

EDGAR: ¿ Tendré noticias tuyas pronto ?

EDMUND: En este asunto soy tu servidor.

Sale EDGAR.

Si no es por mi nacimiento, tendré tierras por mi ingenio.
Cuanto invente será bueno, si conviene a mi deseo.



Escena 3

Habitación en el palacio del duque de ALBANY. Entra GONERIL, y OSWALD

GONERIL: ¿ Mi padre golpeó a uno de mis caballeros por haber reprendido al loco (que lo acompaña) ?

OSWALD: Sí, señora.

GONERIL: Día y noche me afrenta. A toda hora prorrumpé en una u otra grave ofensa que causa peleas entre todos. No voy a tolerarlo. Sus caballeros son pendencieros, y él mismo nos alza la voz por cualquier insignificancia. Cuando vuelva de cazar no pienso hablarle. Dirás que estoy enferma. Si descuidas los servicios que antes le prestabas, bien hecho. De esa falta me hago responsable.

OSWALD: Ahí viene, señora. Lo oigo.

Sonido de cuernos de caza.

GONERIL: Finjan todo el cansancio y negligencia que quieran, tú y los tuyos. Que se note y motive discusión. Si le disgusta, que se vaya con mi hermana, cuyo pensamiento y el mío en esto es uno solo: no ser dominadas. ¡ Viejo inútil, que quiere aún manejar el poder al que ha renunciado ! En verdad, los viejos se vuelven como niños, y deben ser tratados con castigos y no sólo lisonjas cuando abusan. No olvides lo que he dicho.

OSWALD: Muy bien, señora.

GONERIL: Y que sus caballeros reciban de ustedes miradas más frías.

Lo que pase no importa. Dale aviso a tu gente. Quiero con eso originar ocasiones para decir lo que pienso. Le escribiré de inmediato a mi hermana para que siga mi rumbo. Preparen la cena.

Salen.



Escena 4

**Sala en el palacio del duque de ALBANY.
Entra KENT, disfrazado.**

KENT: Si adopto, además, otro acento que vuelva difusa mi forma de hablar, mi buena intención puede llegar a alcanzar el fin por el que borré mi apariencia. Ahora, desterrado Kent, si te es posible servir donde se te condena, y ojala así sea, tu señor, tan bien amado, te verá trabajar duro.

Cuernos de caza. Entran LEAR, caballeros, y sirvientes.

LEAR: No me hagan esperar ni un instante la cena. Vamos, prepárenla.

Sale un sirviente.

¿ Y esto ? ¿ Quién es ?

KENT: Un hombre, señor.

LEAR: ¿ Cuál es tu profesión ?

KENT: Hago profesión de no ser menos de lo que parezco, de servir fielmente a quien ponga en mí su confianza, de amar al que es honesto, juntarme con el que es sabio y habla poco, temer el juicio, pelear si no hay remedio, y no comer pescado.

LEAR: ¿ Quién eres ?

KENT: Un tipo de corazón sincero, y tan pobre como el Rey.



LEAR: Si eres tan pobre como súbdito como él es siendo rey, no hay duda que eres pobre. ¿ Qué deseas ?

KENT: Servir.

LEAR: ¿ A quién deseas servir ?

KENT: A usted.

LEAR: ¿ Me conoces, amigo ?

KENT: No, señor, pero hay algo en su porte que me impulsa a llamarlo señor.

I, 4.

LEAR: ¿ Y qué es ?

KENT: Autoridad.

LEAR: ¿ Qué servicios podrías prestar ?

KENT: Sé guardar un secreto honorable, cabalgar, correr, arruinar al contarlo un cuento complicado, y transmitir claramente un mensaje sencillo.

LEAR: ¿ Tu edad ?

KENT: No soy tan joven, señor, como para amar a una mujer por su canto, ni tan viejo como para enloquecer por ella sin por qué. Llevo cuarenta y ocho sobre mis espaldas.

LEAR: Bien, me vas a servir. Si no dejas de gustarme después de la cena, por ahora no te despido. ¡ La cena ! ¡ Eh, la cena ! ¿ Dónde está el sinvergüenza de mi loco ? A ver, trae aquí a mi loco.

*Sale un sirviente.
Entra OSWALD.*

Usted, a ver, señorito, ¿ dónde está mi hija ?

OSWALD: Si me perdonas...

Sale.

LEAR: ¿ Qué dijo ése ? Traigan a ese idiota. (Sale un Sirviente.)
¿ Dónde está mi loco, eh ? Creo que todo el mundo duerme.

Vuelve a entrar el Sirviente.

¿ Y ? ¿ Dónde está ese perro rastrero ?

SIRVIENTE: Dice, señor, que su hija no está bien.

LEAR: ¿ Por qué no vino ese esclavo cuando lo llamé ?

SIRVIENTE: Señor, contestó de la forma más rotunda que no quería.

LEAR: ¡ Que no quería !

SIRVIENTE: Señor, no sé qué es lo que pasa, pero, a mi juicio, Su Alteza no es tratado con la ceremoniosa atención a la que estaba habituado. Se nota una gran pérdida de amabilidad tanto en la servidumbre como en el propio duque y en su hija.

LEAR: ¡ Ah ! ¿ Eso crees ?

SIRVIENTE: Le ruego que me perdone, señor, si me equivoco, pero mi deber no puede callarse cuando creo que se ofende a Su Alteza.

LEAR: No haces sino recordarme lo que pienso. Voy a pensar lo mejor. ¿ Pero dónde está mi loco ? Hace dos días que no lo veo.

SIRVIENTE: Desde que la joven señora se fue a Francia, señor, está muy decaído.

LEAR: Basta con eso ; me di cuenta. Dile a mi hija que quiero hablar con ella.

Sale un sirviente.

Tú, vamos, trae aquí a mi loco.

Sale otro sirviente.

Vuelve a entrar OSWALD.

¡ Ah !, usted, señor, venga para acá, ¿ quién soy yo, señor ?

OSWALD: El padre de mi señora.

LEAR: ¡ “El padre de mi señora” ! ¡ El siervo de mi señor, perro hijo de puta, esclavo, canalla !

OSWALD: No soy nada de eso, señor, perdóneme.

LEAR: ¿ Conque devolviéndome la mirada, sinvergüenza ?
(Le pega.)

OSWALD: No permitiré que me pegue, señor.

KENT: ¿ Tampoco una zancadilla, futbolista rastrero ? (Le hace una zancadilla.)

LEAR: (A KENT.) Te agradezco, amigo ; me sirves a mí, te querré a ti.

KENT: (A OSWALD.) ¡ Vamos, hombre, levántese y váyase ! Yo le voy a enseñar a respetar las diferencias. ¡ Fuera, fuera ! ¡ Pero vamos ! Váyase. Eso. (Lo empuja fuera.)

LEAR: Ah, mi buen muchacho, te agradezco. Esta es una seña por tus servicios. (Le da dinero a KENT.)

Entra EL LOCO.



LOCO: Permítame contratarlo también yo. Aquí está mi gorro. (Le ofrece a KENT su gorro.)

LEAR: ¡ Ah, mi lindo sinvergüenza ! ¿ Cómo estás ?

LOCO: (A KENT.) Va a ser mejor que aceptes mi gorro.

KENT: ¿ Por qué, loco ?

LOCO: ¿ Por qué ? Por tomar partido por quien cayó en desgracia. Vamos, toma mi gorro. Este hombre desterró a dos de sus hijas, y bendijo a la tercera contra su voluntad. ¿ Cómo va, amo ?

LEAR: Cuidado, señorito, el látigo.

LOCO: Señor, voy a enseñarte unas palabras.

LEAR: Adelante.

LOCO: Presta atención, amo.

No muestres todo lo que tengas.
No digas todo lo que sepas.
No des más de lo que poseas.
Usa el caballo y no las piernas.
Escucha más de lo que creas.
No apuestes más de lo que puedas.
Deja tu puta y tu bebida :
dentro de casa noche y día.
Y así podrás acumular
veinte y más tantos al final.

KENT: Eso no dice nada, loco.

LOCO: ¿ Sabes la diferencia, muchacho, entre un loco amargo y un loco dulce ?

LEAR: No, amiguito, cuál es.

LOCO: Que aquel que te aconsejó
que entregaras tu reinado
venga y se ponga a mi lado.
De él vas a hacer el rol.
El loco dulce, el amargo :
helos aquí de inmediato.
Uno en traje de payaso,
y al otro ahí lo encontramos.

(Señala a LEAR.)

LEAR: ¿ Me estás llamando loco, muchacho ?

LOCO: Todos tus otros títulos ya los regalaste ; con éste naciste.

Entra GONERIL.

LEAR: ¡ Hola, hija ! ¿ Qué hace ese frunce en tu frente ? Me parece que últimamente arrugas demasiado el ceño.

LOCO: Eras un tipo magnífico cuando no tenías que preocuparte por su ceño. Ahora eres un cero a la izquierda. Yo soy más que tú ; soy un loco ; tú no eres nada. (A GONERIL.) Sí, por cierto, me callo la boca ; así me lo ordena tu cara, aunque no digas nada. (Señalando a LEAR.) Esta es una vaina pelada de arvejas.

GONERIL: Señor, no sólo este loco, al que se le permite todo, sino otros de su séquito insolentea toda hora critican y pelean, provocando riñas groseras que no pueden tolerarse.

LOCO: Porque, ya sabe, tío...

Tanto tiempo el gorrión al cuco alimentó
que al final su cría la cabeza le arrancó.

LEAR: ¿ Eres nuestra hija ?

GONERIL: Vamos, señor. Quisiera que usara el buen juicio que sé que tiene de sobra.

LOCO: ¿ No se da cuenta el burro cuando es el carro el que tira del caballo ? ¡ Arre, Jane ! Te quiero.

LEAR: ¿ Alguno de ustedes me conoce ? Este no es Lear. ¿ Camina así Lear ? ¿ Habla así ? ¿ Dónde están sus ojos ? O flaquea su entendimiento y sus sentidos están aletargados o... ¡ Ah ! ¿ Estoy despierto ? No es posible. ¿ Quién puede decirme quién soy ?

LOCO: La sombra de Lear.

LEAR: Quisiera saberlo, porque los emblemas reales, el conocimiento y la razón podrían convencerme erróneamente de que tuve hijas.

LOCO: Que te harán un padre obediente.

LEAR: ¿ Su nombre, hermosa dama ?

GONERIL: Este fingido asombro, señor, huele a otra de sus nuevas jugarretas. Conserva aquí cien caballeros y escuderos, tan escandalosos, depravados e insolentes que nuestra corte, infectada por su conducta, parece un albergue licencioso. La gula y la luxuria la hacen semejante a una taberna o un burdel más que a un palacio real. La vergüenza clama por un pronto remedio. Es el deseo de quien, en cualquier caso, tendrá lo que pide, que reduzca un poco su séquito.

LEAR: ¡ Ensillen mis caballos ! ¡ Reúnan a mis hombres !
¡ Degenerada bastarda !, no te voy a molestar.
Todavía me queda una hija.

GONERIL: Le pega a mi gente, y su banda de sinvergüenzas trata a sus superiores como sirvientes.

Entra ALBANY.

LEAR: (A ALBANY.) ¡ Señor, ¿ usted aquí ?!

¿ Es su voluntad ? Hable, señor. Preparen mis caballos.

ALBANY: Cálmese, señor, le ruego.

LEAR: (A GONERIL.) ¡ Buitre detestable !, es mentira. Mi séquito es de hombres selectos, de singular calidad, que conocen al dedillo sus deberes, y que cuidan con el mayor esmero su buen nombre y honor. ¡ Ah, Lear, Lear, Lear ! Golpea esta puerta, que dejó entrar a la locura, (Golpea su cabeza.) y salir tu preciado juicio. ¡ Vayan, váyanse, los míos !

ALBANY: Señor, soy inocente, porque ignoro lo que lo alteró.

LEAR: Es posible, señor; Escucha, Naturaleza ; escúchame, diosa amada ! Suspende tus designios, si te proponías hacer fértil a esta criatura. ¡ Y que de su cuerpo degradado jamás surja un hijo que la honre ! ¡ Si es que va a parir, que engendre un hijo del rencor, que viva para ser su tormento, perverso y desnaturalizado !
¡ Vamos, vamos ! (Sale.)

ALBANY: Por los dioses que adoramos, ¿ a qué se debe todo esto ?

GONERIL: No te preocupes por saber la causa. Dejemos que su humor lo lleve hasta donde quiera su chochera.

Vuelve a entrar LEAR.

LEAR: ¡ Cómo ! ¿ Cincuenta de mis hombres de golpe ?
¡ Y en quince días !

ALBANY: ¿ Qué pasa, señor ?

LEAR: Voy a decírtelo. (A GONERIL.)

¡ Que las profundas heridas de la maldición de un padre
horaden todos tus sentidos ! Aún tengo una hija, quien, estoy
seguro, es buena y atenta. Cuando se entere de esto, con sus uñas
te va a desollar esa cara de loba. Ya vas a ver cómo recobro mi
naturaleza, que creías que había abandonado para siempre.
Ya verás, te lo aseguro.

Salen LEAR, KENT, y su séquito.

GONERIL: ¿ Has visto, mi señor ?

ALBANY: No puedo ser tan parcial, Goneril, por el amor que te
tengo...

GONERIL: Basta, te lo ruego. ¡ Oswald !

(Al LOCO.) Y usted, más canalla que loco, siga a su amo.

LOCO: Tío Lear, espera, tío Lear, no te olvides de llevar al loco.
Así me voy.

(Sale.)

Vuelve a entrar OSWALD.

¡ Oswald !

¿ Y ? ¿ Escribiste esa carta a mi hermana ?

OSWALD: Sí, señora.

GONERIL: Toma una escolta, ¡ y a caballo ! Pronto, vamos,
y apura tu regreso. (Sale OSWALD.) No, no, mi señor, esta conducta
tuya, tan blanda y delicada, yo no la condeno, pero - perdón que te
lo diga - se te critica más por falta de sensatez de lo que se te alaba
por nociva indulgencia.

ALBANY: Hasta donde penetran tus ojos no lo sé.

Por mejorar, se puede dañar lo que está bien.

I, 4, 5.

GONERIL: Entonces...

ALBANY: Bien, bien, veamos los hechos.

Salen.



Escena 5

**Patio frente al palacio del duque de ALBANY.
Entran LEAR, KENT y el LOCO.**

LEAR: Te adelantarás hasta Gloucester con estas cartas. No informes a mi hija de nada de lo que sabes. Si no te das prisa, llegaré antes yo.

KENT: No dormiré, señor, hasta que haya entregado su carta.
(Sale.)

LOCO: Si el cerebro de un hombre estuviera en los pies, ¿no correría el riesgo de tener sabañones ?

LEAR: Sí, muchacho.

LOCO: Te ruego, entonces, que te alegres. Tu cerebro nunca va a necesitar pantuflas.

LEAR: ¡ Ja, ja, ja !

LOCO: Vas a ver con qué amabilidad te trata tu otra hija, porque aunque se parece a ésta como una manzana verde a una dulce, yo, sin embargo, sé lo que digo.

LEAR: ¿ Y qué es lo que dices, muchacho ?

LOCO: Que su sabor será tan parecido al de ésta como el de una manzana verde al de otra manzana verde. ¿ Sabrías decirme por qué tenemos la nariz en medio de la cara ?

LEAR: No.

LOCO: Para tener un ojo a cada lado, y así poder ver lo que no se puede oler.

LEAR: Fui injusto con ella...

LOCO: ¿ Sabes cómo hace la ostra su caparazón ?

LEAR: No.

LOCO: Yo tampoco, pero puedo decirte por qué tiene casa el caracol.

LEAR: ¿ Por qué ?

LOCO: Para meter adentro la cabeza, no para dársela a sus hijas y dejar los cuernos al descubierto.

LEAR: Voy a olvidar mi naturaleza... ¡ Tan buen padre !... ¿ Están listos mis caballos ?

LOCO: Tus burros han ido por ellos. La razón por la que las siete estrellas no son más que siete es una linda razón.

LEAR: ¿ Porque no son ocho ?

LOCO: En efecto. Harías bien de loco.

LEAR: ¡ Ah, que no me vuelva loco, dulces cielos, que no me vuelva loco ! Consérvenme la razón. No quiero enloquecer.

Entra un SIRVIENTE.

¡ Qué ! ¿ Están listos los caballos ?

SIRVIENTE: Listos, señor.

LEAR: Vamos, muchacho.

LOCO: (Al público.)

La que es virgen y de mi salida se mofa
dejará de serlo si la cosa no se acorta.

Salen.



Acto II

Escena 1

El castillo del conde de GLOUCESTER.
Entran EDMUND y CURAN, encontrándose.

EDMUND: Salve, Curan.

CURAN: ¿ No oyó nada sobre una posible guerra entre los duques de Cornwall y de Albany ?

EDMUND: Ni una palabra.

CURAN: Se enterará en su momento. Adiós, señor.

Sale.

EDMUND: (Llama.) ¡ Hermano, una palabra ! ¡ Baja, hermano, te digo !

Entra EDGAR.

Mi padre vigila. ¡ Hay que volar de aquí ! Le informaron dónde estás escondido. Ahora tienes la ventaja de la noche. Oigo venir a mi padre. Perdón. Debo fingir que desenvaino en tu contra. ¡ Saca la espada ! ¡ Simula defenderte ! ¡ Ahora en retirada ! (Grita.) ¡ Rendición ! ¡ Ante mi padre ! ¡ Eh, luz, aquí !
Huye, hermano. ¡ Antorchas, antorchas ! Bien, adiós.

Sale EDGAR.

Si derramo un poco de sangre va a creerse (Se hiere en el brazo.) que puse el más fiero empeño. ¡ Padre, padre ! ¡ Alto ahí ! ¿ Nadie ayuda ?

Entran GLOUCESTER y sirvientes con antorchas.

GLOUCESTER: ¿ Y, Edmund, dónde está el canalla ?

EDMUND: Estaba aquí, en lo oscuro, desnuda la filosa espada, murmurando maleficios, y conjurando a la luna para que fuera su patrona.

GLOUCESTER: Pero, ¿ dónde está ?

EDMUND: Mire, señor, estoy sangrando.



GLOUCESTER: ¿ Dónde está el canalla, Edmund ?

EDMUND: Huyó por ese lado, señor, (Señala la dirección equivocada.) cuando no pudo de ningún modo...

GLOUCESTER: ¡ Síganlo ! ¡ Tras él !

Salen algunos sirvientes.

“De ningún modo”, ¿ qué ?

EDMUND: Persuadirme de que asesinara a su señoría ; con una embestida feroz de su desnuda espada, cargó contra mi cuerpo inerme, y me hirió en el brazo.

GLOUCESTER: En esta tierra no va a durar su libertad ; y una vez encontrado... será ejecutado.

EDMUND: Cuando lo disuadía de su intento.
Me respondió :” ¡ Bastardo desheredado !

GLOUCESTER: ¡ Tozudo e insensible canalla !
¿ Que negaría su carta ? Yo nunca lo engendré.

(Trompetas dentro.)

¿ Escuchas ? ¡ Las trompetas del duque ! No sé por qué viene. Haré cerrar los puertos ; el canalla no va a escapar ; el duque tiene que concedérmelo. Además, enviaré a todas partes su retrato, para que el reino entero tome nota de él. En cuanto a mis tierras, mi leal y natural muchacho, arbitraré los medios para que puedas heredarlas.

Entran CORNWALL, REGAN, y séquito.

CORNWALL: Desde que llegué, puede decirse ahora mismo, he oído extrañas noticias.

REGAN: De ser ciertas, toda venganza es poca para castigar al ofensor. ¿ Cómo está, señor ?

GLOUCESTER: ¡ Ay, señora, mi viejo corazón está roto, roto !

REGAN: ¡ Qué ! ¿ Intentó matarlo el ahijado de mi padre,

ese a quien mi padre dio el nombre ? ; Su Edgar ?

GLOUCESTER: ¡Ay, señora, señora, la vergüenza quisiera ocultarlo!

REGAN: ; No era compinche de aquellos pendencieros que servían a mi padre ?

GLOUCESTER: No lo sé, señora. Es tremendo, tremendo.

EDMUND: Sí, señora, él era de esa banda.

REGAN: No sorprende, entonces, su mala intención.

CORNWALL: Edmund, sé que has prestado a tu padre un servicio filial.

EDMUND: Era mi deber, señor.

II, 1.

GLOUCESTER: Recibió esta herida que ven, al tratar de apresarlo.

CORNWALL: ; Lo persiguen ?

GLOUCESTER: Sí, mi buen señor.

CORNWALL: En cuanto a Edmund, cuya virtud y obediencia en este día tanto se ensalzan, serás de los nuestros.

EDMUND: Lo serviré fielmente, señor, sea como sea.

GLOUCESTER: En su nombre agradezco a su señoría.

CORNWALL: No sabe por qué vinimos a visitarlo...

REGAN: Intempestivamente, atravesando el ojo negro de la noche...

Asuntos, noble Gloucester, de cierta importancia, sobre los que necesitamos su consejo. Nos ha escrito nuestro padre, y también nuestra hermana, sobre desavenencias, a las que me pareció mejor contestar lejos de casa. Sendos mensajeros esperan aquí para llevar la respuesta. Viejo amigo nuestro, consuele su corazón, y concédanos el consejo que necesitamos sobre este asunto, que exige una solución inmediata.

GLOUCESTER: A sus órdenes Sus señorías son bienvenidas.

Trompetería. Salen.



Escena 2

**Ante el castillo de GLOUCESTER.
Entran KENT y OSWALD, por separado.**

OSWALD: Buena madrugada, amigo. ¿Eres de la casa?

KENT: Sí.

OSWALD: ¿ Dónde podemos dejar los caballos ?

KENT: En el barro.

OSWALD: Te ruego por lo que más quieras que me lo digas.

KENT: Yo no te quiero.

OSWALD: Pues... Por lo que me importa.

KENT: Si te tuviera entre mis garras, te importaría.

OSWALD: ¿ Por qué me tratas así ? Yo no te conozco.

KENT: Amigo, yo sí.

OSWALD: ¿ Por quién me tomas ?

KENT: Por un sinvergüenza, un canalla, un muerto de hambre, vil, engreído, hueco ; un miserable con tres trajes, cien libras y medias de lana sucias ; un cobarde, pleítista, hijo de puta, que se mira todo el día en el espejo, remilgado, rastrero, esclavo de un baúl por toda herencia ; uno que haría de rufián si el patrón se lo mandara y que no es más que una mezcla de canalla, mendigo, cobarde, alcahuete e hijo y heredero de una perra callejera.

OSWALD: ¿ Pero qué clase de monstruo eres para insultar así a quien no conoces ni te conoce ?

KENT: ¿ No fue hace dos días que te hice la zancadilla y te pegué delante del rey ? Desenvaina, canalla. ¡ Que desenvaines !

(Desenvaina su espada.)

OSWALD: ¡ Fuera ! No tengo nada que ver contigo.

KENT: ¡ Desenvaina, sinvergüenza ! Vienes con cartas contra el

Rey. ¡ Vas a desenvainar, canalla. ¡ Vamos !

OSWALD: ¡ Socorro ! ¡ Me matan ! ¡ Socorro !

KENT: Pelea, miserable. No huyas, lacayo presumido, pelea.

OSWALD: ¡ Socorro ! ¡ Me matan ! ¡ Me matan !

Entra EDMUND, con la espada desenvainada.

EDMUND: ¡ Qué hay ! ¿ Qué pasa ? ¡ Sepárense !

KENT: Venga, tenga su bautismo de sangre, vamos, señorío.

Entran CORNWALL, REGAN, GLOUCESTER, y sirvientes.

GLOUCESTER: ¿ Qué pasa aquí ?

CORNWALL: El que ataca de nuevo, muere. ¿ Qué pasa ?

REGAN: Los mensajeros del Rey y nuestra hermana.

CORNWALL: ¿ Por qué es la pelea ? Hablen.

OSWALD: Me falta el aliento, señor.

KENT: La naturaleza no te reconoce : te debe haber hecho un sastre.

CORNWALL: Eres un tipo raro. ¿ Un hombre hecho por un sastre ?

KENT: Sí, un sastre, señor. Un escultor o un pintor no hubieran podido hacerlo tan mal, aunque no tuvieran más de dos años de oficio.

CORNWALL: ¿ Cómo empezó la pelea ?

OSWALD: Este viejo rufián, señor, cuya vida perdoné por consideración...

KENT: ¡ Hijo de puta, inútil como la letra zeta ! Señor, si me da permiso, voy a aplastar a este canalla grosero en un mortero y a revocar con él la pared de una letrina.

CORNWALL: ¡ Silencio de una vez ! Bruto sinvergüenza, ¿ no conoces el respeto ?

KENT: Sí, señor, pero la ira tiene privilegio.

CORNWALL: ¿ Y cuál es el motivo de tu ira ?

KENT: Que un lacayo como éste lleve espada, cuando no tiene honor.

CORNWALL: Pero, ¿ estás loco ?

GLOUCESTER: ¿ Por qué peleaban ? Explica eso.

KENT: No hay contrarios que se tengan más antipatía que este canalla y yo.

CORNWALL: ¿ Por qué lo llamas canalla ? ; Qué falta cometió ?

KENT: Su cara no me gusta.

CORNWALL: Quizá tampoco la mía, ni la de él, ni la de ella.

(*Señala a EDMUND y REGAN.*)

KENT: Señor, mi oficio es la franqueza.

CORNWALL: Este es uno que, elogiado alguna vez por su grosería, finge una rudeza insolente. Si la aceptan, bien ; si no, él ha sido sincero.

KENT: Señor, de buena fe, con sincera verdad.

CORNWALL: ¿ Qué ofensa le hiciste ?

OSWALD: No le hice ninguna. Quiso hace poco el Rey, su señor, golpearme por un malentendido, y él, aliándose para halagar su enojo, me hizo por detrás la zancadilla ; estando en el suelo, me insultó, me humilló.

CORNWALL: ¡ Traigan los cepos ! Viejo y terco sinvergüenza, reverendo fanfarrón, te voy a enseñar...

KENT: Señor, soy demasiado viejo para aprender. No pida los cepos para mí. Sirvo al rey, y por su encargo fui enviado aquí.

CORNWALL: ¡ Traigan los cepos ! Allí estará hasta el mediodía.

REGAN: ¡ Hasta el mediodía ! Hasta la noche, señor, y la noche también.

KENT: Señora, si fuera el perro de su padre no me trataría así.

REGAN: Siendo su rufián, sí que lo haré.

CORNWALL: Este es un tipo de la misma calaña de los que habla nuestra hermana. ¡ Vamos, traigan los cepos !

(Traen los cepos.)



GLOUCESTER: Permítanme rogarles que no lo hagan. El Rey tomará a mal que se lo valore tan poco en la persona de su mensajero como para reprimirlo de este modo.

CORNWALL: Yo respondo por eso.

REGAN: Métanle las piernas.

(Ponen a KENT en el cepo.)

CORNWALL: Vámonos, señor.

Salen todos menos GLOUCESTER y KENT.

GLOUCESTER: Lo siento, amigo ; es la voluntad del duque.

Intercederé en tu favor.

KENT: Le ruego que no, señor.

Dormiré un rato, y silbaré el resto. Que tenga un buen día.

GLOUCESTER: El duque es culpable de esto.

Caerá muy mal. (Sale.)

KENT: Buenas noches, Fortuna. Sonríe otra vez, que gire tu rueda.

(Se duerme.)



Escena 3

Un bosque.

Entra EDGAR.

EDGAR: No hay puerto libre, ni lugar donde no haya guardia y la más inusitada vigilancia esperando mi captura. He pensado adoptar el aspecto más pobre y más vil que haya tenido la penuria para, despreciando al hombre, acercarlo a las bestias.

Sale.



Escena 4

Frente al castillo de Gloucester. Kent, en el cepo.
Entran LEAR, el LOCO, y un sirviente.

LEAR: Es extraño que se haya ido así de casa, sin enviarme de vuelta el mensajero.

SIRVIENTE: Por lo que he sabido, anoche no tenían ninguna intención de trasladarse.

KENT: ¡ Salud, noble señor !



LEAR: ¡ Eh ! ¿ Haciendo de esta vergüenza un pasatiempo ?

KENT: No, mi señor.

LOCO: ¡ Ja, ja ! Tiene ligas crudas. A los caballos se los ata por la cabeza, a los perros y a los osos por el cuello, a los monos por la cintura, y a los hombres por las piernas. Cuando un hombre es de piernas movedizas, debe usar medias de madera.

LEAR: ¿ Quién es el que equivocó tanto tu lugar como para ponerte ahí ?

KENT: El, y ella, a la vez : su hijo y su hija.

LEAR: No.

KENT: Sí

KENT: Juro que sí.

LEAR: No se atreverían ; es peor que asesinar hacer un ultraje tan violento al respeto.

LOCO: A los padres harapientos ciegos se vuelven los hijos. Pero al que tiene dinero lo miran con gran cariño. Fortuna, la gran ramera, a los pobres deja afuera. Por todo esto, tus hijas te harán tan rico en penas que no te alcanzará un año para contarlas.

LEAR: ¡ Ah, cómo sube este dolor de mis entrañas hasta el corazón ! ¿ Dónde está esa hija ?

KENT: Con el conde, ahí dentro.

LEAR: No me sigan. Quédense aquí.

Sale.

SIRVIENTE: ¿ No cometiste otra ofensa que la que dijiste ?

KENT: Ninguna otra.

¿ Cómo es que el Rey viene con tan poco séquito ?

LOCO: Si te hubieran puesto en el cepo por esa pregunta, te lo habrías merecido.

KENT: ¿ Dónde aprendiste eso, loco ?

LOCO: En el cepo, no, loco.

Vuelve a entrar LEAR, con GLOUCESTER.

LEAR: ¿ Se niegan a hablar conmigo ? ¿ Que están enfermos, cansados ? ¿ Que viajaron toda la noche ? Puras excusas, signos de revuelta y deserción. Tráeme mejor respuesta.

GLOUCESTER: Mi querido señor, conoce el fiero carácter del duque, lo inflexible y terco que es en su proceder.

LEAR; ¡ Vergüenza ! ¡ Peste ! ¡ Muerte ! ¡ Confusión !
¿ “Fiero” ? ¿ Carácter, qué es eso ? Gloucester, Gloucester,
quiero hablar con el duque de Cornwall y su esposa.

GLOUCESTER: Bien, mi señor, ya les informé.

LEAR: ¡ Les informaste ! ¿ Me has entendido, hombre ?

GLOUCESTER: Sí, mi señor.

LEAR: El Rey quiere hablar con Cornwall ; el querido padre quiere hablar con su hija, manda que lo atienda.
¡ Entréguenme a mi servidor !

GLOUCESTER: Desearía que todo estuviera bien entre ustedes.

Sale.

LEAR: ¡ Ay, mi corazón, mi corazón se inflama ! Pero, ¡ calma !

LOCO: Dale unos gritos, tío, como aquella cocinera que les gritaba a las anguilas cuando las metía vivas en el pastel. Les pegaba con un palo, y les gritaba : “ ¡ Calma, juguetonas, calma ! ” Era hermana de aquel que de puro bondadoso con su caballo, le daba el heno con manteca.

Vuelve a entrar GLOUCESTER, con CORNWALL, REGAN, y sirvientes.

LEAR: Buen día a ambos.



CORNWALL: ¡ Salud, su Gracia !

KENT es liberado.

REGAN: Me alegra ver a su Alteza.

LEAR: Lo creo, Regan. Y sé qué razones tengo para creerlo. Si no te alegraras, me divorciaría de la tumba de tu madre, por ser la sepultura de una adúltera. (A KENT.) Ah, ¿ estás libre ? En otro momento hablaremos de eso. (Sale Kent.) Amada Regan, tu hermana no lo es. ¡ Ah, Regan ! Me ha clavado los afilados dientes de la ingratitud, como un buitre, aquí.

(Se señala el corazón.)

Apenas puedo hablarte. ¡ Ay, Regan !

REGAN: Le ruego, señor, tenga paciencia. Me inclino a pensar que menosprecia el valor de sus méritos más de lo que ella falta a su deber.

LEAR: ¡ Tenga mi maldición !

REGAN: Señor, está viejo.

En usted la Naturaleza está al borde mismo de su confín. Debería ser dirigido y guiado por alguien prudente que comprenda su estado mejor que usted. Por eso le ruego que vuelva con nuestra hermana ; dígale, señor, que fue injusto con ella.

LEAR: ¿ Pedirle perdón ?

(Arrodillándose.) “Querida hija, confieso que estoy viejo. La vejez es inútil. De rodillas te imploro que me concedas vestido, cama y alimento”.

REGAN: Basta, buen señor. Esas son jugarretas de mal gusto.
Vuelva con mi hermana.

LEAR: (Poniéndose de pie.) Nunca, Regan. Redujo a la mitad mi séquito. Me miró mal, me hirió con su lengua como una serpiente, en pleno corazón. ¡ Caigan todas las venganzas del cielo sobre su ingrata cabeza ! ¡ Azoten los huesos de su progenie, aires malsanos, hasta dejarlos tullidos !

CORNWALL: ¡ Basta, señor, basta !

REGAN: ¡ Dioses benditos ! Lo mismo me deseará a mí cuando tenga un arrebato.

LEAR: No, Regan. Nunca tendrás mi maldición. Tu naturaleza, que rige la ternura, no te permitirá caer en la rudeza. Sus ojos son feroces, pero los tuyos confortan y no queman. No has olvidado la mitad del reino con la que te he dotado.

REGAN: Al grano, señor.



LEAR: ¿ Quién puso a mi hombre en el cepo ?

Trompetas dentro.

CORNWALL: ¿ Qué trompeta es ésa ?

REGAN: La reconozco ; es de mi hermana. Esto confirma su carta, donde anunciaba que vendría enseguida.

Entra OSWALD.

¿ Vino tu ama ?

LEAR: Este es un miserable cuyo orgullo prestado reside en el favor voluble de aquella a quien sirve. ¡ Fuera, lacayo, fuera de mi vista !

CORNWALL: ¿ Qué quiere decir su gracia ?

LEAR: ¿ Quién puso en el cepo a mi servidor ? Regan, tengo la esperanza de que no supieras nada de eso.

Entra GONERIL.

Si es que aman a los ancianos, si su dulce poder aprueba la obediencia, si ustedes mismos son viejos, hagan suya mi causa. ¡ Desciendan, y pónganse de mi parte ! (A GONERIL.) ¿ No te avergüenza mirarme ? ¡ Oh, Regan ! ¿ Vas a tomarla de la mano ?

GONERIL: ¿ Por qué no de la mano, señor ? ¿ En qué ofendí ? No es ofensa todo lo que así considera el poco juicio ni así llama la chocera.

LEAR: ¿ Cómo fue a parar al cepo mi servidor ?

CORNWALL: Yo lo puse ahí, señor. Pero sus desórdenes merecían mucha menos consideración.

LEAR: ¡ Usted ! ¿ Usted lo hizo ?

REGAN: Le ruego, padre ; es débil, actúe en consecuencia. Si hasta que expire su plazo de un mes, vuelve a residir con mi hermana, y despide a la mitad de su séquito, venga entonces a mí. Ahora estoy lejos de casa, y sin las provisiones necesarias para recibirla.

LEAR: ¿ Volver con ella, y despedir a cincuenta de mis hombres ? ¿ Volver con ella ? Persuádanme mejor de que sea esclavo y burro de carga de este lacayo detestable. (Señala a OSWALD.)

GONERIL: Como usted elija, señor.

LEAR: (A GONERIL.) Te ruego, hija, no me vuelvas loco.

No voy a molestarte, hijita. Adiós

No volveremos a encontrarnos, no nos veremos más. Sin embargo, eres mi carne, mi sangre, mi hija; o más bien un mal que hay en mi carne, al que debo por fuerza llamar mío. Pero no quiero censurarte. Que te enmiendes cuando puedas ; que mejores cuando quieras. Sé tener paciencia ; puedo quedarme con Regan, yo y mis cien caballeros.

REGAN: No es del todo así, señor.

Aún no lo esperaba, ni estoy preparada para una adecuada bienvenida. Escuche, señor, a mi hermana. Los que miden con la razón sus arrebatos no pueden sino aceptar que está viejo, y del mismo modo... Pero ella sabe lo que hace.

LEAR: ¿ Así se habla ?

REGAN: Me animo a sostenerlo, señor. Cincuenta hombres, ¿ qué ? ¿ No está bien ? ¿ Para qué necesitaría más ? ; O tantos, ya que el gasto y el peligro hablan contra tamaño número ? En una misma



casa, ¿ cómo podría tanta gente bajo dos mandos mantener la concordia ? Es difícil, casi imposible.

GONERIL: ¿ Por qué no podría, señor, ser atendido por los que ella llama sirvientes, o por los míos ?

REGAN: ¿ Por qué no, señor ? Si acaso lo desatendieran nosotras podríamos manejarlos. Si viene a mi casa - porque ahora veo un peligro - le ruego

que traiga sólo veinticinco. A nadie más daré alojamiento ni admisión.

LEAR: Les di todo...

REGAN: Y en buena hora lo hizo.

LEAR: Las hice mis tutoras, mis administradoras, pero me reservé el derecho de un séquito con un determinado número. ¿ Y ahora debo ir a vos con veinticinco ? Regan, ¿ es eso lo que dijiste ?

REGAN: Y lo vuelvo a decir, señor ; ni uno más conmigo.

LEAR: Las criaturas malas parecen, con todo, bellas cuando otras son más perversas. No ser el peor merece cierto grado de alabanza. (A GONERIL.) Iré contigo : tus cincuenta al menos doblan los veinticinco, y tu amor es dos veces el suyo.

GONERIL: Escúcheme, señor, ¿ qué necesidad tiene de veinticinco, de diez, o de cinco que lo sirvan en una casa donde el doble tiene orden de atenderlo ?

REGAN: ¿ Qué necesidad tiene ni de uno ?

LEAR: ¡ Ah, no razonen la necesidad ! Nuestros mendigos más míseros tienen en su pobreza alguna cosa superflua. Me vengaré de tal forma de las dos que el mundo entero... Haré cosas tales... cuáles, todavía no sé, pero serán el terror de la tierra. Creen que voy a llorar. No, no lloraré. (Se oye una tempestad lejana.) ¡ Ay, mi loco, voy a enloquecer !

Salen LEAR, GLOUCESTER, el sirviente, y el LOCO.

CORNWALL: Retirémonos. Va a haber tormenta.

REGAN: Esta casa es chica. El viejo y su gente no pueden alojarse bien.

GONERIL: Es su culpa. El mismo abandonó el sosiego ; que pruebe ahora el sabor de su locura.

REGAN: A él en particular, lo recibiría gustosa, pero ni a uno solo de su séquito.

GONERIL: Lo mismo he resuelto.
¿ Dónde está mi señor de Gloucester ?

CORNWALL: Siguió afuera al viejo. Ahí vuelve.

Entra de nuevo GLOUCESTER.

GLOUCESTER: El Rey está furioso.

CORNWALL: ¿ Adónde va ?

GLOUCESTER: Ordenó partir, pero no sé hacia dónde.

CORNWALL: Será mejor dejarlo seguir su camino. Se guía solo.

GONERIL: Señor, de ningún modo le pida que se quede.

GLOUCESTER: ¡ Ay ! La noche avanza, y los vientos crudos
braman con fuerza. Apenas hay, en muchas millas,
un arbusto.

REGAN: Señor, para los hombres tercos los males que ellos mismos
se buscan son su mejor escuela. Cierre sus puertas.

CORNWALL: Señor, cierre sus puertas. Es una noche feroz. Mi

Regan aconseja bien. Salgamos de la tormenta.

Salen.



Acto III

Escena 1

**Otra parte del descampado. Sigue la tormenta.
Entran LEAR y el LOCO.**

LEAR: ¡ Soplen, vientos, y rompan sus mejillas ! ¡ Rujan ! ¡ Soplen !
¡ Diluvios y huracanes, lluevan hasta inundar nuestras torres y
ahogar las giraldas !

LOCO: ¡ Ah, tío ! Es preferible el agua bendita de un adulón en casa
seca que esta agua de lluvia afuera. Buen tío, entra y pide a tus hijas
la bendición. Esta es una noche que no se apiada ni de cuerdos ni
de locos.

LEAR: ¡ Retumben tus tripas ! ¡ Escupe, fuego ! ¡ Chorrea, lluvia !
Ni la lluvia, ni el viento, ni el trueno, ni el rayo son mis hijas.

LOCO: El que tiene casa donde meter la cabeza, no pierde el casco.

Entra KENT.

KENT: ¿ Quién anda ahí ?

LOCO: La Alteza y la bragueta, es decir, un cuerdo y un loco.

KENT: ¡ Señor ! ¿ Está aquí ? Los que aman la noche no aman noches como ésta. La naturaleza humana no puede soportar tanta aflicción y tanto miedo.

LEAR: Que los grandes dioses que desatan este horrendo caos sobre nuestras cabezas descubran ya a sus enemigos. Tiemble el miserable que en su interior oculta crímenes ignotos, sin castigo de la justicia.

KENT: ¡ Ay, la cabeza desnuda !

Mi noble, señor, hay aquí cerca una choza.

Le dará algún amparo contra la tempestad.

LEAR: Mi razón se empieza a trastornar.

Vamos, muchacho. ¿ Cómo estás ? ¿ Tienes frío ?

Yo tengo. ¿ Dónde está esa choza, mi amigo ?

Pobre canalla loco. Una parte de mi corazón aún siente piedad, por ti.

LOCO: (Canta.)

Quien tiene un poco de seso
cante con lluvias y vientos.
Con su suerte se contente
pues todos los días llueve.

LEAR: Es verdad, muchacho. ¡ Vamos, llévanos a la choza !

Salen LEAR y KENT

LOCO: Diré una profecía antes de irme :
Cuando los curas prediquen y no hagan ;
y el cervecer eche en la malta agua.
Cuando a coser al sastre el noble enseñe ;
y quemén putañeros, y no herejes.
Cuando los fallos del juez sean correctos;
no más pobres, escudero y caballero.
Cuando no exista lengua que calumnie ;
ni carteristas entre la muchedumbre.
Cuando sus ganancias muestre el usurero ;
y putas y rufianes levanten templos...
Entonces el reino de Albión
ha de caer en gran confusión.

Esta profecía la hará Merlin, porque yo soy anterior a su época.

Sale.



Escena 2

El castillo de Gloucester.
Entran GLOUCESTER y EDMUND.

GLOUCESTER: ¡ Ay, ay, Edmund ! No me gusta este trato
desnaturalizado. Cuando les pedí permiso para socorrerlo, me
privaron del uso de mi propia casa ; me ordenaron, bajo pena de
perpetua desgracia, que no le hablara, que no intercediera por él ni
le prestara ningún tipo de apoyo.

EDMUND: ¡ Es brutal y desnaturalizado !



GLOUCESTER: Cuidado, no digas nada. Hay discordia entre los duques. Y algo peor : esta noche recibí una carta; es peligroso hablar de eso ; la guardé bajo llave en mi escritorio. Estas injurias que ahora sufre el Rey serán vengadas por completo ; ya desembarcó parte de un ejército. Debemos ponernos de parte del Rey. Voy a buscarlo y a auxiliarlo en secreto. Irás y le darás conversación al duque, para que este acto de caridad pase inadvertido ; el Rey, mi viejo señor, tiene que recibir auxilio. Se avecinan hechos extraños, Edmund. Te ruego, cuidado.

Sale.

EDMUND: De esta cortesía, que te fue prohibida, el duque se enterará de inmediato, y también de la carta.

Me parece que esto tiene su mérito, y me hará ganar lo que mi padre pierde : nada menos que todo. El joven se levanta cuando el viejo cae.

Sale.



Escena 3

**El descampado. Frente a una choza.
Entran LEAR, KENT, y el LOCO**

KENT: Este es el lugar, señor. Entre, mi buen señor. La tiranía de esta noche a la intemperie es demasiado dura para la naturaleza humana.

Sigue la tempestad.

LEAR: Déjame solo.

KENT: Entre aquí, mi buen señor.

LEAR: ¿ Quieres romperme el corazón ?

KENT: Antes rompería el mío. Mi buen señor, entre.

LEAR: Cuando el alma está libre de problemas, el cuerpo es delicado. La tempestad de mi alma priva a mis sentidos de todo sentimiento salvo el que late aquí. ¡ Ingratitud filial ! ; No es como si esta boca desgarrara esta mano que la alimenta ? Pero tendrán mi castigo. ¡ Ah, Regan, Goneril ! Su viejo y bondadoso padre, cuyo corazón franco les dio todo... Este camino lleva a la locura. ¡ Evitemoslo ! Basta.

KENT: Mi buen señor, entre aquí.

LEAR: Te ruego que entres tú ; busca tu propio alivio. Esta tormenta no me permitirá pensar en cosas que me hieren más. Pero entraré.

(Al LOCO.)

Vamos, muchacho, entra primero. ¡ Ah, misería sin techo !...

Vamos, entra. Yo voy a rezar, y después, dormir.

(*Entra el LOCO.*)

Pobres miserables desnudos, donde quiera que estén, que sufren el azote de esta tormenta impiadosa, ¿ cómo podrán sus cabezas sin techo y estómagos vacíos, sus andrajos agujereados y raídos, defenderlos de estos temporales ? ¡ Ah, demasiado poco me he preocupado por esto ! Pompa, aquí está tu remedio. Exponerte a sentir lo que los miserables sienten, para que dejes caer sobre ellos lo superfluo, y así los cielos se muestren más justos.

EDGAR: (Dentro.) ¡ Braza y media de agua, braza y media ! ¡ Pobre Tom !

EL LOCO sale corriendo de la choza.

LOCO: ¡ No entres, tío ! Hay un espíritu. ¡ Socorro, socorro !

KENT: Dame la mano. ¿ Quién está ahí ?

LOCO: Un espíritu, un espíritu. Dice que se llama pobre Tom.

KENT: ¿ Quién es el que rezonga ahí en la paja ?
Salga.

Entra EDGAR, disfrazado de loco.

EDGAR: ¡ Atrás ! ¡ El diablo inmundo me persigue ! Entre las puntas de espino sopla y sopla viento frío. ¡ Brrrr ! A tu lecho frío irás, y allí te calentarás.



LEAR: ¿ Les diste todo a tus hijas, y llegaste a esto ?

EDGAR: ¿ Quién le da algo al pobre Tom ? Benditos sean tus cinco sentidos ! Tom tiene frío. Brrr, brrr, brrr. Una limosna para el pobre Tom, a quien acosa el diablo inmundo.

(Golpea el aire. Sigue la tormenta.)

LEAR: ¿ Es que sus hijas lo llevaron a ese estado ? ¿ No pudiste salvar nada ? ¿ Les diste todo ?

LOCO: No, se reservó una manta ; si no, todos tendríamos vergüenza.

LEAR: ¡ Que todas las plagas que penden en el aire para caer en su hora sobre la culpa humana desciendan sobre tus hijas !

KENT: No tiene hijas, señor.

LEAR: ¡ Muerte, traidor ! Nada podría rebajar la naturaleza a tanta abyección sino hijas desnaturalizadas.

EDGAR: Peli... Pillicock estaba sentado en lo alto del monte Pillicock...

¡ Ay, ay, ay ! ¡ Lolololó loló !

LOCO: Esta noche helada nos volverá a todos idiotas o locos.

EDGAR: Tendrás cuidado del diablo inmundo. Honrarás a tus padres. Cumplirás con la palabra empeñada. No jurarás en vano. Tom tiene frío.

LEAR: ¿ Qué eras tú ?

EDGAR: Un servidor, orgulloso de mente y corazón, que me rizaba el pelo, llevaba el guante de mi amada en el sombrero, satisfacía los deseos de su corazón y hacía con ella el acto de la oscuridad. Por las puntas del espino sopla aún el viento frío. Dice uhhh, uhhh, uhhh. Delfín, mi diablito, arre. Déjenlo que trote y ande.

Sigue la tempestad.

LEAR: Estarías mejor en la tumba que afrontando con tu cuerpo desnudo este rigor de los cielos. ¿ No es más que esto el hombre ? Observémoslo bien. Desprovisto de todo, el hombre no es más que un pobre animal desnudo de dos patas, como tú. ¡ Fuerá, fuerá, lo prestado ! Vamos, desvísteme.

(Se arranca las ropas.)

LOCO: Te ruego que te contengas, tío. Es fea noche para nadar. (Ve una antorcha encendida.) Miren, ahí viene un fuego andante.

Entra GLOUCESTER, con una antorcha.

EDGAR: Es el diablo inmundo Flibbertigibbet. Sale al toque de queda y deambula hasta que canta el gallo.

KENT: ¿ Cómo está, su gracia ?

LEAR: ¿ Quién es ése ?

KENT: ¿ Quién está ahí ? ¿ Qué busca ?

GLOUCESTER: ¿ Quiénes son ustedes ? ¿ Sus nombres ?

EDGAR: Pobre Tom, el que come ranas, sapos, renacuajos, lagartos y salamandras ; el que, poseído por la furia, cuando rabia el diablo inmundo, come bosta por ensalada, engulle ratas y perros muertos de las zanjas, y bebe el agua verduzca del estanque.

GLOUCESTER: (A LEAR.) ¡ Cómo ! ¿ No tiene su gracia mejor compañía ?

EDGAR: El príncipe de las tinieblas es todo un caballero.

GLOUCESTER: Nuestra carne y sangre se ha vuelto tan vil, señor, que odia a quien la engendró.

EDGAR: El pobre Tom tiene frío.

GLOUCESTER: Venga commigo. Mi deber no tolera una obediencia absoluta a las duras órdenes de sus hijas. Aunque el mandato fue cerrar mis puertas y dejarlo en poder de esta noche tirana, me aventuré a venir en su busca para llevarlo a donde hay fuego y comida dispuestos.



LEAR: Primero déjame hablar con este filósofo.

KENT: Mi buen señor, acepte su oferta. Vaya a la casa.

LEAR: Quiero hablar unas palabras con este sabio tebano.
(A EDGAR.) ¿ A qué dedica sus estudios ?

EDGAR: A evitar al demonio y a matar bichos.

LEAR: Permítame una pregunta en privado.

KENT: (A GLOUCESTER.) Insístale otra vez para que vaya, señor ; su juicio empieza a alterarse.

(Sigue la tormenta.)

GLOUCESTER: ¿ Podrías reprochárselo ? Sus hijas buscan su muerte. ¡ Ah, el buen Kent ! Dices que el Rey se vuelve loco ; yo te digo, amigo, que yo mismo estoy casi loco. Tenía un hijo, ahora proscrito de mi sangre ; quiso quitarme la vida, hace poco, muy poco. Yo lo amaba, amigo, como ningún padre amó a su hijo.

LEAR: Ah, perdóneme, señor.
Noble filósofo, su compañía.

EDGAR: Tom tiene frío.

LEAR: Vamos.

KENT: Por aquí, señor.

LEAR: ¡ Con él !
Quiero estar todo el tiempo con mi filósofo.

KENT: (A GLOUCESTER.) Complázcalo, mi buen señor. Déjelo llevar a ese hombre.

GLOUCESTER: Llévalo contigo.

KENT: (A EDGAR.) Vamos, señorito. Venga con nosotros.

LEAR: Vamos, buen ateniense.

GLOUCESTER: No hablen, no hablen. ¡ Shh !

EDGAR: A la torre oscura llegó Roland.
Sus palabras eran siempre : “¡ Fin, fon, fan !



Escena 4

Sala en el castillo de GLOUCESTER.
Entran CORNWALL y EDMUND.

CORNWALL: Me vengaré antes de dejar su casa.

EDMUND: Cómo me puedan juzgar, señor, por permitir que mi naturaleza filial ceda ante la lealtad, me asusta un poco.

CORNWALL: Ahora veo que no fue sólo su inclinación al mal lo que llevó a tu hermano a buscar su muerte, sino darle su merecido a quien lo provocó, movido por su propia y reprobable maldad.

EDMUND: Esta es la carta de la que habló, que demuestra que es un espía al servicio de Francia.

CORNWALL: Me acompañarás a ver a la duquesa.

EDMUND: Si lo que dice este papel es cierto, grande es el asunto que tiene entre manos.

CORNWALL: Verdadero o falso, te ha hecho conde de Gloucester. Averigua dónde está tu padre, para que esté listo para el arresto.

EDMUND: (A CORNWALL.) Continuaré en el camino de la lealtad, aunque sea penoso el conflicto entre ella y mi sangre.

CORNWALL: Pondré en ti mi confianza, y hallarás en mí un padre más querido.

Salen.



Escena 5

Habitación en una casa de labranza contigua al castillo. Entran GLOUCESTER, LEAR, KENT, el LOCO y EDGAR.

GLOUCESTER: Es mejor aquí que a la intemperie. Acéptenlo de corazón. Trataré de hacerlo más confortable con lo que pueda. No tardaré mucho en volver.

KENT: (Aparte, a GLOUCESTER.) Las fuerzas de su mente han cedido a su desazón. ¡

Sale GLOUCESTER.

EDGAR: Frateretto me llama y me dice que Nerón está pescando en el Lago de las Tinieblas. Reza, inocente, y cuidado con el diablo inmundo.

LOCO: Te ruego que me digas, tío, si un loco es un caballero o un plebeyo.

LEAR: ¡ Es un rey, un rey !

LOCO: No, es un plebeyo que tiene un hijo caballero, porque loco está el plebeyo que ve a su hijo caballero antes de serlo él.

EDGAR: El diablo inmundo me pica la espalda.

LOCO: Loco está el que confía en la docilidad de un lobo, en la grupa de un caballo, en el amor de un muchachito, o en la promesa de una puta.

LEAR: Así se hará. Voy a procesarlas de inmediato. (A EDGAR) Venga, siéntese aquí, ilustrísimo juez. (AL LOCO.) Usted, sabio señor, siéntese aquí. ¡ Ahora ustedes, zorras !

EDGAR: ¡ Miren dónde está, fulminando con la mirada ! ¿ No quiere ojos en su juicio, señora ?

Cruza el arroyo, Bessy, ven a mí.

LOCO: (Cantando.)

El bote se le agujereó,
y ella debe callar la razón
por la que teme cruzar hasta ti.

EDGAR: El diablo inmundo acosa al pobre Tom con voz de ruiseñor. No graznes, ángel negro. No tengo comida para darte.

KENT: ¿ Cómo está señor ? No se quede así, azorado.
¿ Por qué no se recuesta y descansa sobre estos almohadones ?

LEAR: Quiero ver el juicio antes. Traigan a los testigos. (A EDGAR.) Usted, el juez de la toga, suba al estrado. (AL LOCO.) Y usted, su compañero en la equidad, siéntese a su lado. (A KENT.) Usted es del tribunal, siéntese también.

EDGAR: Procedamos con justicia.

LEAR: Júzguenla a ella primero. Es Goneril. Juro ante esta honorable asamblea que le dio una patada al pobre Rey, su padre.

LOCO: Acérquese, señora. ¿ Su nombre es Goneril ?

LEAR: No puede negarlo.

LOCO: Perdóneme, la confundí con una silla.

LEAR: Y aquí hay otra, cuyo aspecto perverso proclama la materia de la que está hecho su corazón. ¡ Deténganla ! ¡ Corrupción en la corte ! Falso juez, ¿ por qué la dejaste escapar ?

EDGAR: ¡ Benditos sean tus cinco sentidos !

KENT: ¡ Por piedad, señor ! ¿ Dónde está ahora la paciencia que tanto se jactaba de mantener ?

EDGAR: (Aparte.) Mis lágrimas empiezan a tomar de tal modo su partido que arruinarán mi simulación.

LEAR: Hasta los perros, me ladran.

EDGAR: Tom les hará frente. ¡ Atrás, perros ! Brr, brr, brr. ¡ Arre ! Vamos, marchemos a las fiestas, ferias y mercados.

LEAR: Que le hagan una disección a Regan ; a ver qué germina en su corazón. ¿ Hay alguna causa natural que produce estos corazones duros ? (A EDGAR.) A usted, señor, lo tomo como parte de mis cien ; aunque no me gusta el estilo de su ropa. Me dirá que es persa, pero cámbiela.

KENT: Ahora, mi buen señor, acuéstese aquí y descanse un poco.

LEAR: No hagan ruido, no hagan ruido. Así, así. Iremos a cenar por la mañana. Así, así, así.

LOCO: Y yo me iré a la cama al mediodía.

Vuelve a entrar GLOUCESTER.

GLOUCESTER: ¿ Dónde está el Rey, mi señor ?

KENT: Aquí, señor. Pero no lo moleste. Ha perdido el juicio.

GLOUCESTER: Te ruego, buen amigo, que lo tomes en tus brazos.
Oí que hay en su contra un complot de muerte. Está lista una litera ;
lo pondrás allí y te dirigirás hacia Dover, amigo, donde serás
bienvenido y hallarás protección. Alza a tu señor. Álzalo, álzalo y
sígueme, que hasta donde hay provisiones voy a llevarte rápido.

KENT: (AL LOCO.) Vamos, ayúdame a llevar a tu señor
No debes quedarte aquí.

GLOUCESTER: Vamos, vámonos.

Salen todos menos EDGAR.

EDGAR: Leve y tolerable se ve mi pena ahora
cuando lo que a mí me doblega al Rey agobia.
¡ El por sus hijas, yo por mi padre ! ¡ Vamos, Tom !
Atento a lo que venga, sólo dirás quién soy.

Sale.



Escena 6

El castillo de Gloucester.

Entran GLOUCESTER, REGAN, GONERIL, EDMUND, y sirvientes.

CORNWALL: (A GONERIL.) Irás rápido hasta mi señor, tu esposo. Le mostrarás esta carta. El ejército de Francia ha desembarcado. Busquen al traidor Gloucester.

Salen algunos sirvientes.

REGAN: ¡ Ahórcalo enseguida !

GONERIL: ¡ Arráncale los ojos !

CORNWALL: ¡ Déjenlo en manos de mi disgusto ! Edmund, le harás compañía a nuestra hermana. La venganza que hemos de tomar contra el traidor de tu padre no es apropiada para tus ojos. Avisa al duque, adonde vas, que apure los preparativos. ¡ Adiós querida hermana ! Adiós, señor de Gloucester.

Entra OSWALD.

¿ Y ? ¿ Dónde está el Rey ?

OSWALD: El señor de Gloucester se lo llevó de aquí. Y, junto a otros servidores del conde, fueron con él hacia Dover, donde se jactan de tener amigos bien armados.

CORNWALL: Prepara caballos para tu señora.

GONERIL: Adiós, querido señor. Y hermana

CORNWALL: Edmund, adiós.

Salen GONERIL, EDMUND y OSWALD.

Vayan a buscar al traidor Gloucester.

Maniatado como un ladrón, tráiganlo ante nosotros.

Salen otros sirvientes.

¿ Quién está ahí ? ¿ El traidor ?

Entra GLOUCESTER, llevado por dos o tres sirvientes.

REGAN: ¡ Infame traidor ! Es él.

CORNWALL: Átenle bien esos brazos marchitos.

GLOUCESTER: ¿ Qué se proponen sus gracias ? Amigos míos, consideren que son mis huéspedes. No jueguen sucio conmigo.

CORNWALL: ¡ Que lo aten, he dicho !

REGAN: ¡ Fuerte, fuerte ! ¡ Inmundo traidor !

GLOUCESTER: Como usted es despiadada, señora, yo no soy traidor.

CORNWALL: ¡ Átenlo a esta silla ! Canalla, vas a ver...

REGAN: le tira de la barba.

GLOUCESTER: Es una acción muy innoble

tirarme de la barba.

REGAN: ¡ Tan blanca, y tan traidor !

GLOUCESTER: Malvada señora, yo soy su anfitrión. Con manos de ladrón, no debiera ultrajar así mi rostro hospitalario.

CORNWALL: Veamos, señor, ¿ qué cartas recibió últimamente de Francia ?

REGAN: Responda sin vueltas. Sabemos la verdad.

CORNWALL: ¿ Y qué confabulación tiene con los traidores que acaban de desembarcar en el reino ?

REGAN: ¿ En manos de quién puso al Rey lunático ? Hable.

GLOUCESTER: Recibí una carta, escrita en base a conjeturas, que proviene de un corazón neutral, y no de un enemigo.

CORNWALL: Astuto.

REGAN: Y falso.

CORNWALL: ¿ Adónde enviaste al Rey ?

GLOUCESTER: A Dover.

REGAN: ¿ Por qué a Dover ?

CORNWALL: ¿ Por qué a Dover ? Que conteste eso primero.

GLOUCESTER: Estoy atado a la estaca, y debo hacer frente a la embestida.

REGAN: ¿ Por qué a Dover, señor ?

GLOUCESTER: Porque no quisiera ver tus uñas crueles arrancándole sus pobres ojos viejos, ni a tu feroz hermana clavándole en la carne ungida sus puercos colmillos.

CORNWALL: Ustedes, sostengan la silla. Sobre esos ojos tuyos voy a poner el pie.

(CORNWALL le arranca un ojo.)



GLOUCESTER: ¡ Ay, dioses !

REGAN: Un lado se va a burlar del otro. ¡ El otro también !

CORNWALL: Si ves la venganza...

PRIMER SIRVIENTE: ¡ Detenga su mano, señor ! Lo sirvo desde que era un niño, pero nunca lo serví mejor que ahora, al pedirle que se detenga.

REGAN: ¡ Cómo, perro !

REGAN: ¿ Que pretenden hacer ?

CORNWAL: ¡ Mi siervo !

Desenvainan, y luchan.

PRIMER SIRVIENTE: ¡ Adelante, entonces, y corra el riesgo de la ira !

REGAN: (A un sirviente.) Dame tu espada.

(Toma una espada y lo ataca por la espalda.)

PRIMER SIRVIENTE: ¡ Me han muerto ! (A GLOUCESTER.) Mi señor, le queda un ojo para ver su castigo. ¡ Ah ! (Muere.)

CORNWALL: Para que no vea más, mejor preverlo. ¡ Fuera, vil gelatina ! ¿ Dónde está tu brillo ahora ?

GLOUCESTER: Edmund, inflama todas las chispas de la naturaleza filial para vengar este acto horrendo.

REGAN: ¡ Fuera de aquí, canalla traidor ! Estás llamando a quien te odia. Fue él quien nos reveló tu traición, y es demasiado recto para compadecerte.

GLOUCESTER: ¡ Ah, locura mía ! Entonces Edgar fue injuriado

¡ Dioses misericordiosos, perdónenme y protéjanlo !

REGAN: ¡ Vayan y arrójenlo fuera ! Y que con el olfato encuentre su camino a Dover.

(Sale un sirviente con GLOUCESTER.)

(A CORNWALL.) ¿ Qué pasa, mi señor, qué te ocurre ?

CORNWALL: Recibí una herida. Sígueme, señora.
Echa a ese canalla sin ojos, y arroja a este esclavo
al estiércol. Regan, sangro mucho.
En mal momento viene esta herida. Dame el brazo.

Sale CORNWALL, llevado por REGAN.

SEGUNDO SIRVIENTE: No va a importarme hacer cualquier maldad si este hombre termina bien.

TERCER SIRVIENTE: Si ella vive mucho, y al final muere de muerte natural, todas las mujeres se convertirán en monstruos.

SEGUNDO SIRVIENTE: Sigamos al viejo conde, y busquemos al de Bedlam para guiarlo adonde quiera.

TERCER SIRVIENTE: Búscalo tú. Yo voy por vendas y clara de huevo para poner en su cara ensangrentada. ¡Que el cielo lo proteja!

Salen en diferentes direcciones.

(Entreacto)



Acto II

Escena 1

El descampado.

Entra GLOUCESTER, llevado por un VIEJO.

VIEJO: (A GLOUCESTER.) Mi buen señor, fui labriego suyo, y de su padre, estos ochenta años.

GLOUCESTER: Márchate, buen amigo, vamos. Tu ayuda no puede hacerme ningún bien, y te puede hacer muy mal.

VIEJO: Pero, señor, no puede ver el camino.

Entra EDGAR.

GLOUCESTER: Yo no tengo camino, y, por lo tanto, no necesito ojos.

VIEJO: (A EDGAR) Amigo, ¿ adónde vas ?

GLOUCESTER: ¿ Es un mendigo ?

VIEJO: Loco y también mendigo.

GLOUCESTER: Algo de juicio tiene, o no sabría mendigar.
En la tormenta de anoche vi a alguien como él, que me hizo pensar
que el hombre es un gusano. Mi hijo vino entonces a mi mente,
aunque mi mente le era entonces poco amiga.

EDGAR: (Aparte.)¿ Cómo pudo pasar esto ? Mal oficio es tener que
hacer de loco ante el dolor. (Fuerte, con otra voz) ¡ Bendito seas,
señor !

GLOUCESTER: ¿ Es el que anda desnudo ?

VIEJO: Sí, señor.

GLOUCESTER: Entonces, te ruego que te vayas. Si en
consideración a mi persona quisieras alcanzarnos a una milla o dos
de aquí en el camino a Dover, hazlo por tu antiguo aprecio, y trae
algo para cubrir a esta alma desnuda, a la que pediré que me guíe.

VIEJO: Pero, señor, es un loco.

GLOUCESTER: Es la plaga de esta época : que los locos guíen a
los ciegos. Haz lo que te pido, o lo que te plazca. Pero, sobre todo,
márchate.

VIEJO: Le traeré la mejor ropa que tengo, y que pase lo que sea.

Sale.

GLOUCESTER: ¡ Caballero, el que anda desnudo... !

EDGAR: El pobre Tom tiene frío. (Aparte.) No puedo fingir más.

GLOUCESTER: Acércate, amigo. ¿ Conoces el camino a Dover ?

EDGAR: Tanto el que salta la tapia como el que atraviesa la puerta,
el de a caballo y el de a pie. Al pobre Tom le espantaron el juicio.
¡ Los dioses te guarden, hijo de un buen hombre, del diablo
inmundo !

GLOUCESTER: Toma esta bolsa, tú, a quien las plagas del cielo
humillaron con sus golpes. Que el ser yo desdichado
te haga el más feliz. ¿ Conoces Dover ?

EDGAR: Sí, señor.

GLOUCESTER: Hay un acantilado cuya alta cima inclinada
mira con espanto la cerrada profundidad.
Llévame hasta el borde mismo,
y yo repararé la miseria que sufres
con algo valioso que llevo conmigo. Desde ese lugar,
ya no tendrá necesidad de guía.

EDGAR: Dame el brazo. El pobre Tom te guiará.

Salen.



Escena 2

Frente al palacio del duque de ALBANY.
Entran GONERIL y EDMUND.

GONERIL: Bienvenido, señor. Me sorprende que mi gentil esposo no haya salido a nuestro encuentro.

Entra OSWALD.

¿ Y, dónde está tu señor ?

OSWALD: Adentro, señora. Pero nunca vi un hombre tan cambiado. Le hablé del ejército que desembarcó ; se sonrió. Le dije que usted venía ; su respuesta fue : "Peor así". De la traición de Gloucester y del leal servicio de su hijo, cuando le informé, me llamó imbécil, y me dijo que yo daba vuelta las cosas.

GONERIL: (A EDMUND.)Entonces, no sigas adelante.
Regresa, Edmund, con mi hermana.

Vas a alistar rápido y a conducir sus tropas. Yo debo cambiar armas en mi casa, y poner la rueca en manos de mi marido. Este fiel servidor será nuestro intermediario. Pronto, es probable que oigas, si te arriesgas a actuar en beneficio propio, la orden de tu dueña. Lleva esto ; ahorra las palabras. Inclina la cabeza. Este beso, si pudiera hablar, alzaría tu alma a las alturas. Imagínalo, y que te vaya bien.



EDMUND: Tu soldado, hasta la muerte.

GONERIL: ¡ Mi amado Gloucester !

Sale Edmund.

¡ Ah, qué diferencia de hombre a hombre ! A ti te corresponden los favores de una mujer. Un idiota usurpa mi cama.

OSWALD: Señora, aquí viene mi señor.

Sale.

Entra ALBANY.

GONERIL: Valgo por fin tu atención.

ALBANY: ¡ Ay, Goneril ! No vales el polvo que el rudo viento sopla en tu cara. Me asusta tu carácter.

GONERIL: ¡ Hombre cobarde, hígado de leche ! Que ofrece la mejilla a los golpes, y la cabeza a la injuria ; que no tiene bajo las cejas un ojo que distinga el honor de la vergüenza.

ALBANY: ¡ Mírate a ti misma, diablo ! Su natural deformidad no parece en el demonio tan horrenda como en una mujer.

GONERIL: ¡ Idiota inútil !

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO: ¡ Ay, mi buen señor ! El duque de Cornwall ha muerto. Lo mató un sirviente cuando iba a arrancar el otro ojo a Gloucester.

ALBANY: ¡ Los ojos de Gloucester !

ALBANY: Eso demuestra que están arriba, justicieros, que nuestros crímenes de abajo pueden vengar tan velozmente. Pero, ¡ ay, Gloucester ! ¿ Perdió el otro ojo ?

MENSAJERO: Los dos, los dos, mi señor. Esta carta, señora, pide una rápida respuesta. Es de su hermana. (Le entrega una carta.)

GONERIL: (Aparte.) Por un lado, esto me gusta. Pero estando viuda, y mi Gloucester con ella, todo lo que construyó mi fantasía puede derrumbarse, haciendo odiosa mi vida. Por otro lado, la noticia no es tan amarga... (En voz alta.) Voy a leerla, y responderé.

Sale.

ALBANY: ¿ Dónde estaba su hijo cuando le sacaron los ojos ?

MENSAJERO: Venía hacia aquí con mi señora.

ALBANY: Aquí no está.

MENSAJERO: No, mi buen señor. Lo encontré cuando regresaba.

ALBANY: ¿ Sabe de esta infamia ?

MENSAJERO: Sí, mi buen señor. Fue él quien lo denunció, y abandonó la casa a propósito, para que el castigo tuviera el camino más libre.

ALBANY: (Aparte.) Gloucester, vivo para agradecerte el amor que mostraste al Rey, y para vengar tus ojos. (Al MENSAJERO.) Por aquí, amigo. Dime qué más sabes.

Salen.



Escena 3

El campamento francés. Una tienda.

**Entran, con tambores y estandartes, CORDELIA,
el DOCTOR, y soldados.**

CORDELIA: ¡ Ay, es él ! Lo acaban de encontrar, tan loco como el mar embravecido, cantando a voces, coronado de rancia fumaría y de malezas. Envíen una centuria, rastrean cada acre de los altos pastos, y tráiganlo ante nuestros ojos. (Sale un OFICIAL.)

¿ Qué puede la ciencia humana para restituirle el perdido juicio ? Quien lo cure, dispondrá de todos mis bienes materiales.

DOCTOR: Existen medios, señora. La nodriza de nuestra naturaleza es el reposo, que es lo que a él le falta. Para inducirlo hay muchas hierbas efectivas, cuyo poder cerrará los ojos de la angustia.

CORDELIA: ¡ Secretos benditos, inéditas virtudes de la tierra, broten con mis lágrimas ! ¡ Sean auxilio y remedio del dolor de este buen hombre !

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO: Noticias, señora.

Las tropas británicas marchan hacia aquí.

CORDELIA: Ya se sabía. Y nuestra formación está pronta para recibirlas. ¡ Ah, querido padre !, es tu causa la que sirvo. Por eso el gran rey de Francia se apiadó de mi dolor y mis importunas lágrimas.

Salen.



Escena 4

Dentro del castillo de GLOUCESTER.
Entran REGAN y OSWALD.

REGAN: ¿Pero se han puesto en marcha las tropas de mi hermano ?

OSWALD: Sí, señora.

REGAN: ¿ Con él en persona ?

OSWALD: Después de muchos rodeos, señora. Su hermana es mejor soldado.

REGAN: ¿ Lord Edmund no habló con tu señor en la casa ?

OSWALD: No, señora.

REGAN: ¿ Qué le dirá mi hermana en esa carta ?

OSWALD: No lo sé, señora.

REGAN: En verdad, de aquí salió de prisa por algo grave. Fue un gran error, tras arrancarle los ojos, dejar vivo a Gloucester. Donde llega mueve a todo corazón en nuestra contra. Creo que Edmund se ha ido.

OSWALD: Debo ir tras él, señora, con mi carta.

REGAN: Nuestras tropas salen mañana. Quédate con nosotros.

OSWALD: No puedo : mi señora me dio órdenes precisas sobre este asunto.

REGAN: ¿ Por qué tendría que escribirle a Edmund ? ; No podrías transmitir su mensaje de palabra ? Probablemente...

Hay algo... No sé qué. Te lo agradeceré mucho.

Déjame abrir la carta.

OSWALD: Señora, preferiría...

REGAN: Yo sé que tu señora no ama a su marido. Estoy segura de eso. La última vez que estuvo aquí le echaba extrañas y elocuentes miradas al noble Edmund. Sé que gozas de su confianza.

OSWALD: ¿ Yo, señora ?

REGAN: Hablo con conocimiento. Lo sé. Por eso te recomiendo que tomes nota de esto. Mi esposo ha muerto. Edmund y yo hemos hablado. Y más conveniente es él para mi mano que para la de tu señora. Puedes deducir lo demás. Si lo encuentras, te lo ruego, dale esto. Y por si acaso sabes algo de ese ciego traidor, habrá recompensa para quien termine con él.

OSWALD: ¡ Ojala pudiera encontrarlo, señora ! Le demostraría de qué lado estoy.

REGAN: Que te vaya bien.

Salen.



Escena 5

Campos cerca de Dover

Entran GLOUCESTER y EDGAR, disfrazado de campesino.

GLOUCESTER: ¿ Cuándo llegaremos a la cima del acantilado ?

EDGAR: Lo está subiendo. Fíjese cómo nos cuesta.

GLOUCESTER: A mí el terreno me parece llano.

EDGAR: Horriblemente escarpado. Escuche, ¿ no oye el mar ?

GLOUCESTER: No, sinceramente.

EDGAR: Venga, señor. Este es el sitio. No se mueva. ¡ Cuánto temor y vértigo echar una mirada hacia allá abajo ! Los cuervos y cornejas que vuelan a media altura no se ven más grandes que escarabajos. Los pescadores que caminan por la playa se ven como ratones ; y aquel gran navío anclado queda reducido a un bote ; el bote, a una boyta tan pequeña que apenas se distingue.

GLOUCESTER: Llévame donde estás.

EDGAR: Déme la mano. Ahora está a un pie del borde mismo. Por cuanto hay bajo la luna, yo no me pondría a saltar.

GLOUCESTER: Suéltame la mano. Aquí hay, amigo, otra bolsa. Dentro, una joya, qué bien vale que un pobre la acepte. ¡ Las hadas y los dioses

te la multipliquen ! Aléjate.
Dime adiós, y que te oiga andar.

EDGAR: Que le vaya bien, buen señor.

GLOUCESTER: Así sea, de todo corazón. (Arrodillándose.) ¡ Oh, dioses poderosos ! Renuncio a este mundo, y en su presencia me libro, sereno, de mi gran aflicción. Si pudiera soportarla por más tiempo, sin pelear contra su voluntad inexorable, la mecha que queda de mi naturaleza aborrecida se consumiría hasta el fin. ¡ Si Edgar vive, bendíganlo ! Ahora, amigo, adiós.

EDGAR: Me he ido, señor, adiós.

(*GLOUCESTER se arroja hacia adelante y cae.*)

(Aparte.) Y, sin embargo, no sé si el pensamiento puede robar el tesoro de la vida, cuando la vida misma consiente el robo. ¿ Vivo o muerto ?

GLOUCESTER: ¡ Fuera ! Déjame morir.

EDGAR: De estar hecho de algo que no fuera telaraña, plumas o aire, al caer desde tan alto te habrías estrellado como un huevo. Pero respiras. Tu vida es un milagro. Habla de nuevo.

GLOUCESTER: ¿ Pero caí, o no ?

EDGAR: Desde la horrenda cima de este mojón calizo. Mira hacia lo alto.

GLOUCESTER: ¡ Ay !, no tengo ojos. ¿ Está privada la desgracia del beneficio de acabarse con la muerte ? Era un consuelo cuando el infeliz podía burlar la ira del tirano, frustrando su orgullosa voluntad.

EDGAR: Dame el brazo.
Arriba, así. ¿ Cómo estás ?

GLOUCESTER: Demasiado bien, demasiado bien.

EDGAR: Es más que extraño.
En la cresta del acantilado, ¿ qué era eso que se apartó de ti ?

GLOUCESTER: Un pobre mendigo desgraciado.

EDGAR: Desde aquí abajo, me parecieron sus ojos dos lunas llenas.
Tenía mil narices. Era un demonio. Por lo tanto, afortunado viejo,
piensa que los mismos dioses, te han protegido.

GLOUCESTER: Ahora recuerdo. De ahora en más, soportaré
la desgracia hasta que se agote y grite :“Basta, basta”, y muera.

EDGAR: Alivia y serena tus pensamientos.

Entra LEAR, (Loco).

LEAR: No, no pueden arrestarme por acuñar moneda. Soy el Rey
en persona.

EDGAR: ¡ Visión desgarradora !

LEAR: La Naturaleza está por encima del arte en este aspecto.
Aquí tienen la prima de enrolamiento. Ése maneja el arco como si
espartara cuervos. ¡ Debés ponerlo tenso ! ¡ Mira, mira, un ratón !
Quieto, quieto, este pedazo de queso bastará. Aquí está mi guante ;
desafiaré a un gigante. Traigan las lanzas. ¡ Ah, buen vuelo, pájaro !
En el blanco, en el blanco. ¡ Pssss ! Digan la contraseña.

EDGAR: Mejorana dulce.

LEAR: Pasen.

GLOUCESTER: Conozco esa voz.

LEAR: ¡ Ah ! ¡ Goneril con barba blanca ! Me adulaban como perros, y me decían que tenía pelos blancos en la barba antes que la tuviera de pelos negros. ¡ Decir “sí” y “no” a todo lo que yo decía ! “Sí” y “no” a lo mismo no es cosa de buen devoto.

GLOUCESTER: Recuerdo bien el timbre de esa voz. ; No es el Rey ?

LEAR: Sí, pulgada por pulgada, soy Rey. ¡ Vean cómo tiembla el súbdito cuando lo miro ! Perdono la vida de ese hombre. ; Cuál era tu delito ? ; Adulterio ? No morirás. ; Morir por adulterio ? No. El gorrión lo hace, y la mosquita dorada fornicá ante mis ojos.
¡ Que prospere la cópula !

Ya que el hijo bastardo de Gloucester fue más benévolo con su padre que mis hijas, engendradas entre sábanas legítimas. ; Vamos, lujuria, a troche y moche, que me faltan soldados ! Miren a esa dama de sonrisa tonta, cuya cara presagia nieve entre sus piernas, que afecta virtud y menea la cabeza al oír la palabra placer.

Ni la zorra ni el potro cebado lo hacen con apetito más desenfrenado. De la cintura para abajo son centauros, aunque sean mujeres por arriba.

Sólo hasta el talle imperan los dioses ; lo de abajo es del demonio. Allí está el infierno ; allí, la oscuridad ; allí, el sulfuroso abismo ; ardor, quemazón, hedor, consunción. ¡ Uf ! ¡ Uf ! ¡ Puah ! ¡ Puah !

GLOUCESTER: ¡ Ay, permítame besar esa mano !

LEAR: Déjame limpiarla primero ; huele a muerto.

GLOUCESTER: (Aparte.) ¡ Ay, fragmento en ruinas de la Naturaleza ! Así, el vasto universo se reducirá a la nada. (A LEAR.) ; Me conoces ?

LEAR: Recuerdo muy bien tus ojos. ¿ Me estás haciendo guiños ? No, hagas lo que hagas, ciego Cupido, no voy a amar. Lee este desafío, pero fijándote solo en el estilo.

GLOUCESTER: Aunque todas las letras fueran soles, no podría verlas.

LEAR: ¡ Lee !

GLOUCESTER: ¿ Cómo, con el foso de mis ojos ?

LEAR: ¡ Ah ! ¿ A eso vamos ? ¿ Sin ojos en la cara, ni dinero en la bolsa ? Los ojos en el foso, y la bolsa al aire. Y, sin embargo, ves cómo va el mundo.

GLOUCESTER: Más que verlo, lo siento.

LEAR: ¡ Cómo ! ¿ Estás loco ? Un hombre puede ver cómo va el mundo sin los ojos. Mira con las orejas. Ve cómo aquel juez insulta a aquel pobre ladrón. Presta atención, con tu oído. Cámbialos de lugar, y, adivina adivinador, ¿ quién es el juez, quién el ladrón ? ¿ Has visto al perro de un granjero ladRARLE a un mendigo ?

GLOUCESTER: Sí, señor.

LEAR: ¿ Y a la criatura huir del perro ? Ahí puedes ver la gran imagen de la autoridad :

¡ un perro se le obedece si está en el poder.

¡ Guardia, detén tu mano sangrienta, canalla !

¿ Por qué azotas a esa puta ? Desnuda tu propia espalda.

Ardes de deseo por hacerle aquello por lo que le pegas. El usurero hace colgar al ratero. A través de los harapos se ven los pequeños vicios. Las togas y el armiño lo ocultan todo. Pónganle armadura de oro al crimen, y la fuerte lanza de la justicia se romperá sin herirlo. Ármenlo con harapos : la vara de un pigmeo lo atraviesa.

Nadie comete más faltas, nadie, digo, nadie. Yo lo garantizo.
Te lo digo yo, mi amigo, que tengo el poder de sellar la boca de la justicia. Consíguete anteojos, y, como el político infame, aparenta ver lo que no ves. Vamos, vamos, vamos.

EDGAR: (Aparte.) ¡ Ah, sentido y sin sentido mezclados !
¡ Razón en la locura !

LEAR: Si vas a llorar por mi fortuna, toma mis ojos.
Te conozco muy bien. Tu nombre es Gloucester.
Debes ser paciente. Venimos al mundo llorando.

GLOUCESTER: ¡ Ay, día desdichado !

LEAR: Al nacer lloramos por haber venido
a este gran teatro de locos. Este es un buen sombrero.
Sería una linda treta herrar con fieltro
un escuadrón de caballos. Voy a probarlo.
Y cuando llegue y sorprenda a esos yernos,
¡ entonces, a matar, a matar, a matar !

Entra un CABALLERO, seguido por soldados.

CABALLERO: Ah, aquí está. Aprésenlo. Señor,
su hija más querida...

LEAR: ¿ No hay quien me rescate ? ¡ Cómo ! ¿ Prisionero ? Nací
para ser el juguete de la Fortuna. Trátenme bien.
Cobrarán recompensa. Tráiganme cirujanos.
Me partí el cerebro.

CABALLERO: Se le dará lo que sea.

LEAR: Moriré con grandeza, como un novio engalanado. ¡ Sí !
Quiero estar jovial. Vamos, vamos, soy un rey.
¿ Los señores lo saben ?

CABALLERO: Es rey, y nosotros lo obedecemos.

LEAR: ¡ Entonces todavía hay vida ! Vamos, si quieren atraparlo van a tener que correr. ¡ Ea, ea, ea !

Sale corriendo, seguido por los soldados.

CABALLERO: ¡ Un espectáculo que sería lastimoso en un pobre desgraciado
deja sin palabras en un rey !

EDGAR: ¡ Salve, noble señor !

CABALLERO: ¿Qué desea?

EDGAR: ¿ Ha oído algo, señor, sobre una próxima batalla ?

CABALLERO: Es de público conocimiento.

EDGAR: ¿ A qué distancia está el otro ejército ?

CABALLERO: Cerca, y avanza a paso rápido. Se espera divisar el grueso de las tropas de un momento a otro.

EDGAR: Gracias, señor. Es todo.

CABALLERO: Aunque la reina esté aquí por motivos especiales, su ejército está en marcha.

EDGAR: Gracias, señor.

Sale el CABALLERO.

Rezas bien, viejo.

GLOUCESTER: Y usted, buen señor, ¿ quién es ?

EDGAR: Un pobre hombre, sumiso a los golpes de la fortuna.

GLOUCESTER: Gracias de todo corazón.

Entra OSWALD.

OSWALD: ¡ La recompensa anunciada ! ¡ Qué suerte !

Tu cabeza sin ojos se hizo carne para labrar mi fortuna.(Desenvaina la espada.) Viejo traidor desgraciado, repasa pronto tus pecados. Desenvainada está la espada que habrá de destruirte.

GLOUCESTER: Que tu mano amiga
ponga en ella la fuerza suficiente.

EDGAR se interpone.

OSWALD: ¿ Cómo te atreves, campesino insolente,
a defender a un traidor declarado ? ¡ Fuera de aquí !
¡ Suéltale el brazo !

EDGAR: No se acerque al viejo. Retírese, se lo advierto, o tendré
que probar qué es más duro : su cabeza o mi garrote.

OSWALD: ¡ Fuera, basura ! (Luchan.)

EDGAR: Venga, no me importa su espada. (Oswald cae.)

OSWALD: Me mataste, esclavo. Toma mi bolsa, siervo.
Si quieres prosperar, dame sepultura,
y entrega las cartas que llevo encima
a Edmund, conde de Gloucester. Búscalos
entre las tropas inglesas. ¡ Ay, muerte intempestiva !
¡ Muerte ! (Muere.)

GLOUCESTER: ¡ Qué ! ¿ Está muerto ?

EDGAR: Siéntese, viejo. Descanse.
Veamos sus bolsillos. Las cartas de las que habló
podrían favorecerme. Está muerto.

(*Lee.*)

Recordemos nuestras mutuas promesas. Tienes muchas oportunidades de eliminarlo. Si no te falta voluntad, abundarán las ocasiones, y el lugar. De nada sirve si vuelve vencedor. Seré entonces prisionera, y su lecho mi prisión. Líbrame de su odioso calor, y ocupa su puesto como recompensa por tu labor.

Tu - quisiera decir, esposa - afectuosa servidora.
Goneril.

¡ Ah, ilimitada extensión del deseo femenino !
¡ Un complot contra la vida de su virtuoso esposo
y mi hermano a cambio ! Cuando llegue el momento,
pondré este papel infame ante los ojos
del duque, cuya muerte se trama.

GLOUCESTER: El Rey está loco. ¡ Qué dura es mi vil razón para seguir en pie y tener plena lucidez de mi inmensa aflicción ! Mejor sería enloquecer.

Tambores lejanos.

EDGAR: Vamos, viejo. Lo pondré en manos de un amigo.

Salen.



Escena 6

Tienda en el campamento francés.

Entran CORDELIA, KENT, un CABALLERO y el DOCTOR.

CORDELIA: ¡ Ay, buen Kent ! ¿ Cómo podré vivir y obrar para igualar tu bondad ? Mi vida resultará corta, y fallido todo intento de alcanzarla.

KENT: El reconocimiento, señora, es sobrada recompensa. Cuanto he relatado responde a la simple verdad. Sin cortes ni agregados, sino tal como fue.

CORDELIA: Vístete mejor. Estas ropas recuerdan aquellas malas horas. Te ruego que te las quites.

KENT: Perdóneme, querida señora ; pero darme a conocer impediría lo que me he propuesto. La gracia que pido es que no me reconozca hasta que el tiempo y yo lo creamos oportuno.

CORDELIA: Que así sea, entonces, mi buen señor. (AL DOCTOR.) ¿ Cómo está el Rey ?

DOCTOR: Todavía duerme, señora. ¿ Desearía Su Majestad que despertáramos al Rey ? Ha dormido mucho.

CORDELIA: ¿ Está vestido ?

Entra LEAR en una silla llevada por sirvientes.

CABALLERO: Sí, señora. En lo profundo de su sueño le pusimos ropa limpia.

DOCTOR: Esté a su lado, señora, cuando lo despertemos. No dudo que habrá recuperado la templanza.

CORDELIA: ¡ Ay, padre querido ! ¡ Que la curación ponga en mis labios la medicina, y que este beso repare el daño violento que mis dos hermanas le hicieron a tu reverencia !

KENT: ¡ Dulce y amada princesa !

CORDELIA: Es un milagro que tu vida y tu razón no se acabaran al mismo tiempo. (AL DOCTOR.) Se despierta. Hábilele.

DOCTOR: Hábilele usted, señora. Es mejor.

CORDELIA: ¿ Cómo está mi real señor ? ¿ Cómo se siente Su Majestad ?

LEAR: Me haces mal sacándome de la tumba.

CORDELIA: ¿ Me conoce, señor ?

LEAR: Eres un espíritu, lo sé. ¿ Cuándo moriste ?

CORDELIA: ¡ Aún desvaría !

DOCTOR: Está apenas despierto. Déjelo solo un instante.

LEAR: ¿ Dónde estuve ? ¿ Dónde estoy ? ¿ La luz del día ? Estoy muy confundido.

No puedo jurar que estas manos sean mías

CORDELIA: Míreme, señor,
y ponga sobre mí sus manos para bendecirme.
No, señor, no debe arrodillarse.

LEAR: Por favor, no te burles de mí. Soy un viejo muy tonto y
decrépito, de más de ochenta, ni una hora más ni menos;
y, para ser franco, temo que no estoy en mi sano juicio.



Creo que debería conocerte, y conocer a este hombre. Sin embargo, dudo. No se rían de mí, pero, como que soy hombre, creo que esta dama es mi hija Cordelia.

CORDELIA: Y lo soy, lo soy.

LEAR: ¿ Son húmedas tus lágrimas ? Sí, doy fe. Te ruego, no llores. Si tienes un veneno para mí, lo tomaré. Sé que no me amas. Tus hermanas, lo recuerdo bien, me hicieron mucho daño. Tú tenías un motivo, ellas no.

CORDELIA: Ningún motivo, ningún motivo.

LEAR: ¿ Estoy en Francia ?

CORDELIA: Está en su propio reino, señor.

LEAR: No me engañen.

DOCTOR: Alégrese, señora. El gran furor, como ve, murió en él.

CORDELIA: ¿ Querría su Alteza caminar ?

LEAR: Tendrás que tenerme paciencia. Te ruego que olvides y perdones. Soy viejo y tonto.

Salen todos.



Acto II

Escena 1

**El campamento británico, cerca de Dover.
Entran, con tambores y estandartes, EDMUND,
REGAN, CURAN y soldados.**

EDMUND: (A CURAN.) Averigua si el duque mantiene su última decisión, o si desde entonces algo lo ha inducido a cambiar los planes. Está lleno de vacilaciones y escrúpulos. Trae su resolución final.

Sale CURAN.

REGAN: Al mensajero de nuestra hermana, sin duda, le pasó algo.

EDMUND: Es de temer, señora.

REGAN: Ahora, dulce señor, sabe del bien que quiero darle.
Dígame, sinceramente... pero diga sólo la verdad, ¿ no ama a mi hermana ?

EDMUND: No, por mi honor, señora.

REGAN: Jamás se lo toleraría. Querido señor, no intime con ella.

EDMUND: Por mí, no tema...¡ Aquí llega con su esposo !

Entran, con tambores y estandartes, ALBANY, GONERIL, y soldados.

ALBANY: Querida hermana nuestra, me alegra encontrarnos.
Señor, he oído esto : el Rey ha venido hasta su hija, con otros a quienes el rigor de nuestro Estado forzó a la protesta. Donde no he podido ser honesto, jamás he sido valiente.

REGAN: ¿ A qué viene tanto razonamiento ?

GONERIL: Unámonos contra el enemigo. Estas riñas domésticas y privadas no vienen al caso aquí.

ALBANY: Decidamos entonces con los cuadros más experimentados la estrategia a seguir.

REGAN: Hermana, ¿ vienes con nosotros ?

GONERIL: No.

REGAN: Sería conveniente. Te ruego que vengas.

GONERIL: (Aparte.) ¡ Ah, ya veo tu juego !... Voy.

Cuando se disponen a salir, entra EDGAR, disfrazado.

EDGAR: Si alguna vez su gracia se dignó a hablar con un hombre tan pobre, oiga unas palabras.

ALBANY: (A los otros.) Yo los alcanzo. (A EDGAR.) Habla.

Salen todos, salvo ALBANY y EDGAR.

EDGAR: Antes de librar la batalla, abra esta carta. Si obtiene la victoria, que la trompeta llame a quien la trajo. Aunque parezca un desgraciado, puedo ser el campeón que ha de probar lo que en ella se afirma. Si pierde, sus asuntos en el mundo llegarán a su fin, y cesará la maquinación. ¡ Que la fortuna lo acompañe !

ALBANY: Quédate hasta que lea la carta.

EDGAR: Me fue prohibido.

Cuando llegue el momento, bastará que el heraldo llame, y apareceré de nuevo.

ALBANY: Adiós, entonces.

Leeré tu papel. (Sale EDGAR.)

Vuelve a entrar EDMUND.

EDMUND: El enemigo está a la vista. Prepare las tropas.

ALBANY: Haremos frente al momento. (Sale.)

EDMUND: A las dos hermanas les juré mi amor. Una recela de la otra, como de la víbora aquel al que picó. ¿ Con cuál me quedo ? ¿ Con ambas ? ¿ Con una ? ¿ O con ninguna ? A ninguna podré gozar si las dos siguen vivas. Quedarme con la viuda es exasperar, volver loca a su hermana Goneril ;

y difícilmente pueda conseguir lo que quiero, estando el esposo vivo.

Sale.



Escena 2

Campo entre los dos campamentos.

Trompas de batalla dentro. Entran, con tambores y estandartes, LEAR,

CORDELIA, y soldados. Atraviesan la escena, y salen.

Entran EDGAR y GLOUCESTER.

Trompas.

EDGAR: Vámonos, viejo. Déme la mano. ¡ Vámonos !

El Rey Lear perdió ; él y su hija, prisioneros. Déme la mano. Vamos.

GLOUCESTER: No sigo más, señor. También aquí puede podrirse un hombre.

EDGAR: ¡ Cómo ! ; Malos pensamientos de nuevo ?

El hombre ha de soportar el irse de este mundo tanto como el venir a él.

Todo madura a su tiempo. Vamos.

GLOUCESTER: También eso es verdad.

Salen.



Escena 3

El campamento británico cerca de Dover.

**Entra, triunfante, con tambores y estandartes,
EDMUND ; LEAR y CORDELIA, como prisioneros ;
CURAN, soldados, etc.**

EDMUND: Que algunos oficiales se los lleven. Vigílenlos bien, hasta que se conozca la voluntad suprema de los que han de sentenciarlos.

CORDELIA: No somos los primeros que, queriendo lo mejor, hemos caído en lo peor.
(A LEAR.) Por ti, Rey oprimido, me siento abatida.
Si por mí fuera, enfrentaría la frente ceñuda de la falsa fortuna.
¿ No veremos a esas hijas y hermanas ?

LEAR: ¡ No, no, no, no ! Vamos, vayamos a la prisión.
Los dos solos cantaremos como aves en la jaula.

Cuando me pidas la bendición, me pondré de rodillas y te pediré perdón. Así viviremos, y rezaremos, y cantaremos, y contaremos viejos cuentos, y nos reiremos del brillo de las mariposas, y oiremos a los pobres infelices contar las nuevas de la corte. Y nos encargaremos del misterio de las cosas, como si fuéramos espías de dios. Y sobreviviremos, en nuestra prisión amurallada, a las facciones y sectas de los poderosos, que crecen y menguan según la luna.

EDMUND: Llévenselos.

Salen LEAR y CORDELIA, custodiados.

EDMUND: Ven aquí, Curan. Escucha.

Toma esta nota. Síguelos hasta la prisión. Te he ascendido de grado. Si procedes según estas instrucciones, te abrirás camino a un destino de nobleza. Aprende esto : los hombres son como es su tiempo. Tener un alma tierna no le sienta a la espada. Tu importante misión no admite cuestionamientos. O dices que lo harás, o busca tu fortuna por otra vía.

CURAN: Lo haré, mi señor.

EDMUND: En marcha. Nota que digo “de inmediato”, y lo ejecutarás tal como lo he escrito.

Sale CURAN.

Trompetería. Entran ALBANY, GONERIL, REGAN, otro CAPITÁN, y soldados.

ALBANY: (A EDMUND) Señor, hoy ha demostrado su estirpe valiente, y la Fortuna lo ha guiado bien. Tiene cautivos a quienes eran adversarios en la lucha de este día. Quiero que me los entregue, para tratarlos como sus méritos y nuestra seguridad por igual lo determinen.

EDMUND: Señor, me pareció conveniente enviar al viejo y miserable Rey a un lugar de detención provisto de guardia. Con él envié a la Reina. La razón, la misma. Estarán listos mañana, o más adelante, para comparecer allí donde reúna el tribunal.

ALBANY: Señor, con su permiso, lo considero un subordinado en esta guerra, no un hermano.

REGAN: Pero así es como queremos honrarlo. Creo que podría haber consultado nuestra opinión antes de hablar así. El condujo nuestras fuerzas, asumió la representación de mi rango y mi persona ; esa proximidad bien puede darle derecho a llamarse su hermano.

GONERIL: No tanto ímpetu. Con su propio honor se enaltece más que con el que le conferiste.

REGAN: Con los derechos con que lo he investido, iguala a los mejores.

GONERIL: No aspiraría a más, si se casara contigo.

REGAN: Los bromistas suelen resultar profetas.

GONERIL: ¡ Eh ! ¡ Eh !
Los ojos que eso te dijeron miraban torcido.

REGAN: Señora, no me siento bien. Si no, respondería con toda la furia que desbordan mis entrañas. (A EDMUND.) General, toma mis soldados, mis prisioneros, mi patrimonio. Dispones de todo, de mí. Las murallas son tuyas. Que el mundo sea testigo de que aquí te nombro mi amo y señor.

GONERIL: ¿ Pretendes gozar de su persona ?

ALBANY: (A GONERIL.) No está en tu poder impedirlo.

EDMUND: Ni en el suyo, señor.

ALBANY: Sí, bastardo.

REGAN: (A EDMUND.) ¡ Que redoble el tambor y proclame que son tuyos mis títulos !

ALBANY: Un momento. Oigan razones. Edmund, te arresto por alta traición. Y con tu misma acusación, (Señala a GONERIL.) a esta dorada serpiente. En cuanto a tu demanda, bella hermana, la rechazo en interés de mi esposa. Tiene un sub-contrato matrimonial con este caballero, y yo, su marido, me opongo a la proclama de tus bodas. Mi señora ya está comprometida.

GONERIL: ¡ Una farsa !

ALBANY: Estás armado, Gloucester. Que suene la trompeta. Si nadie se presenta para probar en tu contra tus muchas traiciones, infames y manifiestas, aquí está mi reto. (Le arroja un guante.)

REGAN: ¡ Mal ! ¡ Me siento mal !

GONERIL: (Aparte.) Si así no fuera, no volvería a confiar en la medicina.

EDMUND: (Arrojando un guante.)

Aquí está mi respuesta. Sea quien fuere en el mundo el que me llama traidor, miente como un canalla. Haga sonar la trompeta.

ALBANY: ¡ Eh, un heraldo !

ALBANY: Confía sólo en tu valor, porque tus soldados, en mi nombre reclutados, en mi nombre fueron licenciados.

REGAN: Mi mal se agrava.

ALBANY: No está bien. Llévenla a mi tienda.

*Se llevan a REGAN.
Entra un HERALDO.*

*¡Aquí, heraldo ! Que suene la trompeta.
Lee esto.*

CAPITÁN: ¡ Que suene la trompeta !

Suena una trompeta.

HERALDO: (Lee.) “Si hay en las filas del ejército algún hombre de linaje o rango que quiera afirmar que Edmund, supuesto conde de Gloucester, es un traidor empedernido, que se presente al tercer toque de trompeta. El está dispuesto a defenderse”.

¡ Que suene ! (Primer toque.)

¡ Otra vez ! (Segundo toque.)

¡ Otra vez ! (Tercer toque.)

*Una trompeta responde dentro.
Al tercer llamado, entra EDGAR, armado, con un trompetero delante.*

ALBANY: (Al HERALDO.) Pregúntale su propósito, por qué se presenta al toque de trompeta.

HERALDO: ¿ Quién es ?

¿ Su nombre, su rango, y por qué responde al presente llamado ?

EDGAR: Mi nombre, sabe, se perdió, a roído por el diente de la traición y carcomido por gusanos. Pero soy tan noble como el adversario con quien vengo enfrentarme.

ALBANY: ¿ Quién es ese adversario ?

EDGAR: ¿ Quién es el que responde por Edmund, conde de Gloucester ?

EDMUND: El mismo. ¿ Qué tienes que decirle ?

EDGAR: Desenvaina la espada.

Yo proclamo, a pesar de tu fuerza, juventud, posición y eminencia, pese a tu espada victoriosa y a tu flamante fortuna, que eres un traidor, falso con tus dioses, tu hermano y tu padre, conspirador contra este ilustrísimo príncipe, un traidor inmundo como un sapo. Llegas a decir que no, y esta espada, este brazo y mis mejores fuerzas están listos para probar sobre tu corazón, al que le hablo, que mientes.

EDMUND: Debiera ser sensato y preguntar tu nombre, pero como tu aspecto parece tan digno y guerrero, siguiendo las leyes de la caballería, aquí rechazo y desdén. Te devuelvo a la cara tus acusaciones ; que con la mentira, odiosa como el infierno, te aplasten el corazón.

¡ Hablen, trompetas !

Llamada a las armas. Luchan. Cae EDMUND.

ALBANY: ¡ Perdónale la vida ! ¡ Perdónalo !

GONERIL: Es una trampa, Gloucester.

Según la ley de las armas, no estabas obligado a responder a un contrincante anónimo. No has sido vencido, sino traicionado y engañado.

ALBANY: ¡ Cierra la boca, mujer, o con este papel te la cerraré yo ! Quietos, señor. Tú, peor que cualquier insulto, lee tu propia infamia. No lo rompas, señora. Veo que lo conoces bien.

GONERIL: ¿ Y si así fuera qué ? La ley es mía, no tuya.

¿ Quién puede juzgarme por eso ?

ALBANY: ¡ Monstruo ! ¿ Conoces este papel ?

GONERIL: No me preguntes lo que conozco. (Sale.)

ALBANY: Síganla. Está desesperada. Vigílenla.

Salen algunos.

EDMUND: Todo eso de lo que me acusas, lo he hecho ; y más, mucho más. El tiempo lo revelará. Ya es pasado, como yo. ¿ Pero quién eres tú que tuviste la suerte de vencerme ? Si eres noble, te perdono.

EDGAR: Intercambiemos perdones. Mi sangre no es menos noble que la tuya, Edmund ; y si más, mayor es el mal que me has hecho. Mi nombre es Edgar, y soy hijo de tu padre.

EDMUND: Hablas con razón. Es cierto. La rueda ha completado el círculo. Aquí estoy.

ALBANY: (A EDGAR.) Me pareció que tú mismo porte predecía una nobleza real. Tengo que abrazarte. ¡ Que el dolor me parta el corazón si alguna vez e odié a ti o a tu padre !

EDGAR: Ilustre príncipe, lo sé.

ALBANY: ¿ Dónde te ocultaste ?
¿ Cómo supiste de las desgracias de tu padre ?

EDGAR: Atendiéndolas, mi señor. Escuche este breve relato. Escapar de la proclama sangrienta, que tan de cerca me seguía, me llevó a cambiar mi ropa por los andrajos de un loco, asumiendo un aspecto que hasta los mismos perros despreciaban. Y así vestido,

encontré a mi padre, con sus anillos sangrantes, recién perdidas sus piedras preciosas. Me convertí en su guía, lo conduje, mendigué para él, lo salvé de la desesperación. Nunca - ¡ ay, qué error ! - le revelé quién era, hasta hace media hora, cuando vestí mis armas. Pero su corazón quebrado, demasiado débil para soportar el conflicto entre dos pasiones extremas, la alegría y el dolor, se rompió, mientras sonreía.

EDMUND: Tus palabras me han conmovido,
y puedan quizá hacerme bien.

Entra un CABALLERO, con un cuchillo ensangrentado.



CABALLERO: ¡ Socorro, socorro, socorro !

ALBANY: Habla, hombre.

EDGAR: ¿ Qué significa este cuchillo ensangrentado ?

CABALLERO: Está caliente. Humeante. Acaba de salir del corazón de... ¡ Ay, está muerta !

ALBANY: ¿ Muerta, quién ? Habla, hombre.

CABALLERO: Su esposa, señor, su esposa. Y su hermana, envenenada por ella. Así lo confesó.

EDMUND: Estaba comprometido con las dos. Ahora los tres nos casamos, en un instante.

EDGAR: Aquí viene Kent.

ALBANY: Traigan los cuerpos, estén vivos o muertos. (Sale el caballero.) Este juicio de los cielos, que nos hace temblar, no nos mueve a compasión. (Entra KENT.)

KENT: He venido para darle a mi Rey y señor las buenas noches para siempre. ¿ No está aquí ?

ALBANY: ¡ Tamaño olvido el nuestro ! Habla, Edmund, ¿ dónde está el Rey ?, ¿ y dónde está Cordelia ? ¿ Ves este espectáculo, Kent ?

(Traen los cuerpos de Goneril y Regan).

KENT: ¡ Ay ! ¿ Por qué esto ?

EDMUND: Pese a todo, Edmund fue amado : una envenenó a la otra por mí, y después se mató.

ALBANY: (A KENT.) Así fue. Cubran sus rostros.

EDMUND: Quiero hacer algún bien, a pesar de mi naturaleza.
Envíe rápido a alguien - hágalo de prisa - al castillo, porque la orden
que di es contra la vida de Lear y Cordelia.

ALBANY: (a EDGAR) ¡Corre, corre, corre!

EDGAR: ¿ Quién tiene la orden ? Envía una señal
para suspender la ejecución.

EDMUND: Bien pensado. Toma mi espada.
Dásela a Curan.

ALBANY: ¡ De prisa, por tu vida !

Sale EDGAR.

EDMUND: Tenía orden mía y de tu esposa
de colgar a Cordelia en la celda.

ALBANY: ¡ Los dioses la protejan ! Llévenselo de aquí por el
momento.

Se llevan a EDMUND.
Vuelve a entrar LEAR, con CORDELIA muerta en sus brazos.
EDGAR, el CAPITÁN, y otros, lo siguen.

LEAR: ¡ Aúllen, aúllen, aúllen, aúllen ! Ay, son hombres de piedra.
Si yo tuviera sus lenguas y sus ojos, los usaría hasta que estallara
la bóveda del cielo. ¡ Se ha ido para siempre ! Sé cuándo alguien
ha muerto y cuándo vive. Muerta está como la tierra. Denme un
espejo. Si su aliento empaña o mancha el cristal, entonces es que
vive.

KENT: ¿ Es éste el prometido Fin ?

EDGAR: ¿ O una imagen de ese horror ?

ALBANY: Que todo se derrumbe y perezca.

LEAR: Esta pluma se mueve. ¡ Está viva ! Si es así,
es ventura que redime cuantas penas he sufrido.

KENT: (Arrodillándose.) ¡ Ay, mi buen señor !

LEAR: Retírate, por favor.

EDGAR: Es el noble Kent, su amigo.

LEAR: Ahora se ha ido para siempre. ¡ Cordelia, Cordelia ! Quédate
aún un poco. ¿ Eh ? ¿ Qué es lo que has dicho ? Su voz fue siempre
suave, dulce y queda.

Maté al esclavo que te estaba ahorcando.



CAPITÁN: Es cierto, señores, lo hizo.

LEAR: ¿ No es cierto, amigo ?

Conocí un tiempo en que con mi afilado sable los habría hecho saltar. Ahora soy viejo, y estos mismos pesares me quebrantan. ¿ Quién eres ? Mis ojos no están bien... Te lo diré enseguida.

KENT: Si la fortuna se jacta de dos a los que amó y odió, vemos aquí a uno de ellos.

LEAR: La visión es borrosa. ¿ No eres Kent ?

KENT: El mismo, Kent, su servidor. ¿ Dónde está su siervo Cayo ?

LEAR: Es un buen hombre, puedo asegurártelo.

Sabe pegar, y rápido. Está muerto y podrido.

KENT: No, mi buen señor. Yo soy el hombre...

LEAR: Ya me ocuparé de eso.

KENT: ... que desde el comienzo de su desgracia y caída siguió sus tristes pasos...

LEAR: Bienvenido seas.

KENT: Ningún otro. Todo es tristeza, oscuridad y muerte.

LEAR: Sí, eso creo.

ALBANY: No sabe lo que dice, y es inútil que ante él nos presentemos.

EDGAR: Completamente inútil.

Entra un CAPITÁN.

CAPITÁN: Edmund ha muerto, mi señor.

ALBANY: Eso es insignificante ahora. Señores y nobles amigos, conozcan mi intención. Cuanto alivio pueda brindarse a esta grandeza en ruinas le será dado. En cuanto a Nosotros, mientras viva esta anciana Majestad, le dejaremos el poder absoluto. (A EDGAR y KENT.) A ustedes, sus derechos, con la suma de aquello que su honor de sobra ha merecido. Todos los amigos probarán el premio a su virtud, y los enemigos, el cáliz que merecen. ¡ Ah, miren, miren !

LEAR: ¡ Y mi pobre hijita, ahorcada ! ¡ No, no, no hay vida !
¿ Por qué tienen vida un perro, un caballo, una rata, y tú, ningún aliento ? ¡ Ya no volverás, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca !... (A KENT.) Por favor, desabróchame este botón. Gracias, señor.
¿ Ven eso ? ¡ Mírenla, miren sus labios,
miren eso, miren ! (Muere.)

EDGAR: Se desmaya. ¡ Mi señor, mi señor !

KENT: ¡ Rómpete, corazón, te lo ruego, rómpete !

EDGAR: Abra los ojos, mi señor.

KENT: No perturben su espíritu. ¡ Déjenlo ir !

EDGAR: Se ha ido.

KENT: Lo asombroso es que haya resistido tanto.
Sólo usurpaba su vida.

ALBANY: Llévenselos de aquí. Nuestra tarea ahora es el duelo general. (A KENT y EDGAR.) Amigos de mi alma,

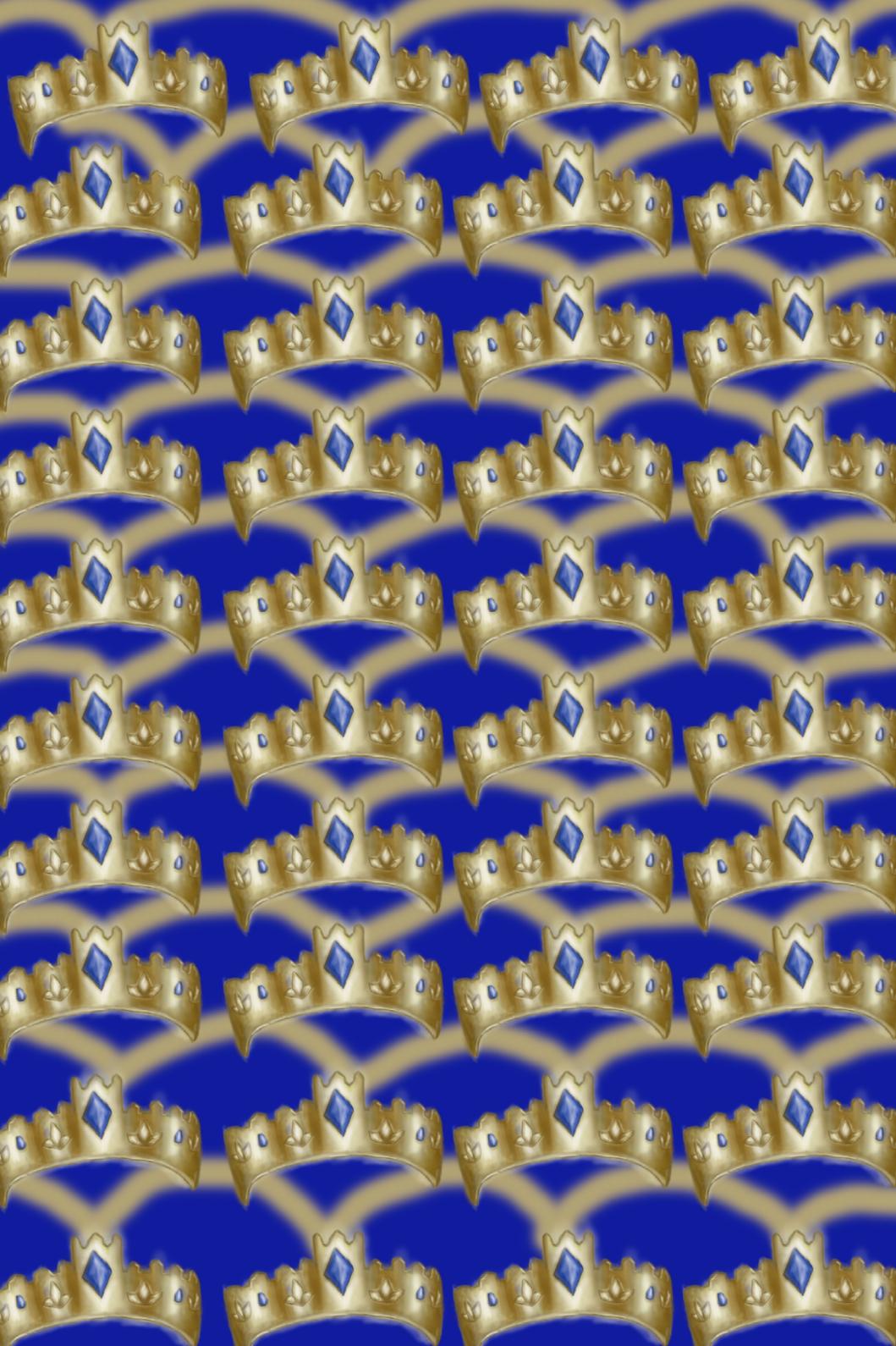
juntos gobieren este reino y preserven este Estado malherido.

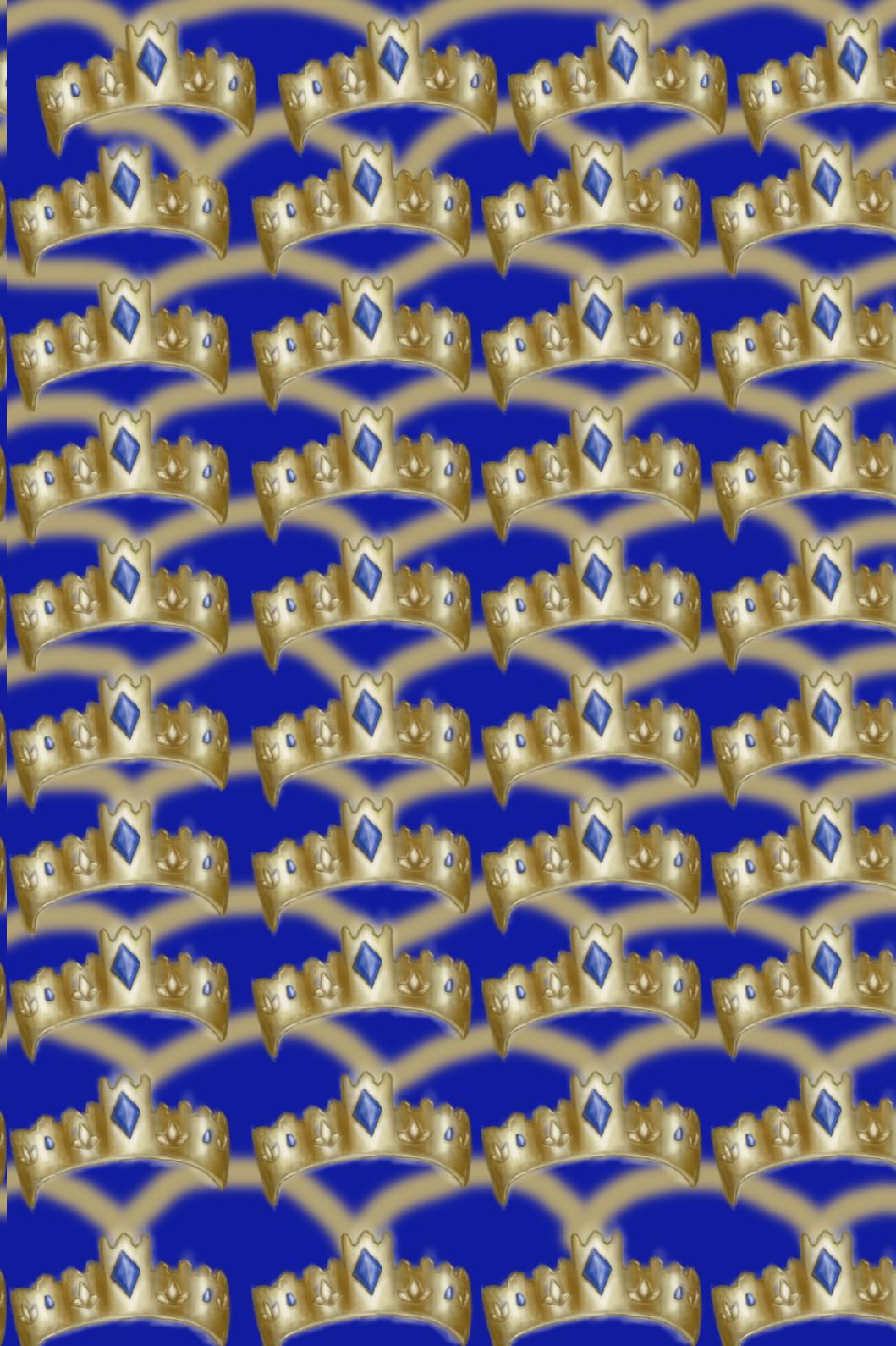
KENT: Tengo un viaje que hacer, señor, muy pronto. Mi señor me llama. No puedo decir que no.

EDGAR: Hemos de cargar el peso de estos tristes tiempos ; decir lo que sentimos, no aquello que debemos. Los viejos sufrieron mucho. Jóvenes en años, nosotros no veremos ni viviremos tanto.

Salen, con una marcha fúnebre.







El Rey Lear